

TE JURO JUANA, QUE TENGO GANAS...

Farsa en Tres Actos
por
EMILIO CARBALLIDO

PERSONAJES

JUANA FERIA
DIÓGENES FERIA
ESTÁNFOR VERA
EVANGELINA CHI
SERAFINA
LIBRADO ESQUIVEL
INESITA MERCADO

En una capital de la provincia mexicana, 1919.

ACTO PRIMERO

CUADRO I

LA COCINA

SERAFINA, que tiene cerca de 80 años, y ESTÁNFOR, de unos 18, aunque parece menor, sobre todo porque es pequeño y delgado; él aprovecha esto para hacer gestos infantiles que lo congradien, es de los que vencen su timidez exagerándola; sus cóleras y entusiasmos también son infantiles, desenfrenados, ficticios; todo en él parece deliberado, complicado, asustadizo, nervioso y torpe; usa lentes; no ha ido a la peluquería en varios meses.

SERAFINA: Ayer me pellizcaron los albañiles. Pasé a la escuela, para avisarle a Diógenes que viniera a comer y al cruzar un pasillo, junto a un andamio, me pellizcaron. (*Se frota la nalga.*) Me hicieron un moretón.

ESTÁNFOR estaba limpiando ostensiblemente el plato con una tortilla, para que la otra lo advierta vacío. No lo logra. Se decide y dice aprisa:

ESTÁNFOR: Ya me abaqué los jifroles.

SERAFINA: Te sirvo más. No veo la hora de que acaben de reparar la escuela.

Esos hombres me gritan cosas y me hacen proposiciones muy indecentes. No creí ya que a mis años volviera a peligrar mi virtud.

ESTÁNFOR: (*Comiendo.*) La virtud es algo interno. Peligraría si tú quisieras aceptar.

SERAFINA: (*Asiente.*) No creí ya que a mis años volviera a peligrar mi virtud. Es horroroso que ahora duermas junto a un esqueleto.

ESTÁNFOR: No ronca ni necesita bañarse. Es mejor que mis compañeros.

SERAFINA: Eso sí. ¿No te han picado mucho los moscos?

ESTÁNFOR: Poco. En el dormitorio pican más las chinches.

SERAFINA: Van a acabarse. Pintaron con cal y echamos petróleo por todos lados. Es muy triste que todos se vayan a sus casas y tú te pases las vacaciones aquí.

ESTÁNFOR: En mi casa me tratan como a un buen interno y aquí como a un mal hijo. No hay mucha diferencia.

SERAFINA: Yo te consiento mucho.

ESTÁNFOR: ¡Tú!

SERAFINA: Diógenes dice que la disciplina requiere dureza. La disciplina y la dureza forman los caracteres.

ESTÁNFOR: Forman los caracteres detestables y rencorosos.

SERAFINA: Al menos, debes agradecerle a Diógenes que estás becado.

ESTÁNFOR: (*Se excita, golpea la mesa.*) La eslueca andaba mal y don Giódenes...

(*Calla.*) El plantel andaba mal y don Gió- don Diógenes quiso tener más alumnos de paga entera. Se consiguió una carta del boguernador, habló a los suministros ¡pusiminiós! ¡municipios! y logró que le mandaran estudiantes becados. Estoy debaco quebado becado por mi supinimio, no por don Giódenes.

SERAFINA: Bueno, pero la idea fue de Diógenes, un municipio no es una persona a la que puedas agradecerle nada.

ESTÁNFOR: Me llevaqué los brifos...

SERAFINA: Te sirvo más. (*Se detiene.*) ¿Quieres más? (*El asiente sonriendo de lado y haciendo pequeñas monerías, como si le diera vergüenza.*) Pero... este fue el cuarto plato. Vas a tronar.

ESTÁNFOR: Muy poco.

SERAFINA: Al fin que yo no lavo las sábanas. (*Le sirve.*) Diógenes dice que un estómago repleto dificulta el estudio.

ESTÁNFOR: ¡Viejo ca- ca-!

SERAFINA: ¡Estánfor!

ESTÁNFOR: ¡Cataño! ¡Cañuto! ¡Tacaño!

SERAFINA: Te pones muy feo cuando te enojas. Y hablas todo al revés.

ESTÁNFOR: Las emociones afectan el sistema nervioso, el sistema nervioso controla el habla, los artistas son emotivos, yo soy artista, las emociones me afectan el sistema nervioso y el habla, no tiene nada de especial. (*Devora.*)

Zumba el viento y sale una nube de ceniza del fogón.

SERAFINA: Ya arreció el norte.

ESTÁNFOR: En la noche hace mucho frío... (*Hace gestos de frío.*)

SERAFINA: A ese salón hay que ponerle vidrios. ¿No puedes irte a otro?

ESTÁNFOR: Están peores. Con goteras.

SERAFINA: (*Furtiva.*) Te voy a dar más cobertores.

Entra JUANA. Es una mujer grandota, fornida, lucidora, todavía guapa, de unos 40 años o poco más. Parece un tanto estúpida, con rostro de muñeca bobalicóna. Ahora, viste como reina del carnaval de unos veinte años atrás. Ignora ostensiblemente a ESTÁNFOR.

JUANA: Nanita, ¿batiste mis claras?

SERAFINA: (*Abre el horno y ve.*) Un minutito más y ya. Está dorándose.

JUANA: ¿Qué cosa?

SERAFINA: Tu merengue.

JUANA: ¡Pero cuál merengue, si eran para la cara!

SERAFINA: ¿Cuál cara?

JUANA: La mía, no tengo otra por desgracia.

ESTÁNFOR se ríe a carcajadas, algo ficticiamente.

Nadie lo metió a usted en la conversación.

El, riéndose, hace señas de no haber dicho nada. Come.

SERAFINA: (*Furiosa.*) Hay que explicar las cosas bien para no hacerme trabajar de balde. (*Saca el merengue, lo arroja a la mesa.*) Ten. Haz con él lo que quieras.

JUANA: No pensarás que me llene la cara de merengue. ¡Oh, oh, oh!...

Lanza pujiditos exasperados, patalea como una jovencita, se lleva las manos al pelo.

SERAFINA: Qué más da si te embarras de huevos crudos o cocidos. Superstición y necedades

JUANA: Es una receta muy buena para el cutis, tal vez no te expliqué bien. Perdóname. Y báteme unas claras, no seas mala, y déjamelas así, tal cual, ¿eh?

SERAFINA: Ya no hay huevos.

JUANA: Ve a comprar, anda. ¿Y las yemas?

SERAFINA: Hice un panqué.

JUANA: (*Gime.*) ¡Las yemas también eran para mi cara!

SERAFINA: (*Ruge.*) ¡Pues no soy adivina, caramba! Me mato haciendo panqué por darles gusto y no oigo más que gritos y reproches. Voy a largarme de aquí, soy un estorbo. Mira: callos de batir, quemadas de hornear. Pero si soy una vieja estúpida, mejor me largo a cualquier otro lado.

JUANA: (*Asustada.*) No te enojes... A mí me encanta que hagas pan. Dame un pedacito.

SERAFINA y ESTÁNFOR se ven.

SERAFINA: (*Seca.*) Ya se acabó.

JUANA: (*Asombrada.*) Esta tarde lo hiciste y ya... (*Entiende.*) Por complacernos, ¿verdad? ¡Usted se lo ha tragado! ¡Usted devora todo! ¡Mírenlo! ¡Aquí está siempre, atascándose!

ESTÁNFOR abre y cierra la boca sin hallar qué decir, gesticula. Calla.

Voy a decírselo a mi padre, que este... este hipócrita te ha vuelto tonta y lo vas a dejar que nos trague vivos y enteros a todos.

SERAFINA: Justo fuera. Con esa comida del internado no puede llenarse ni un gorrión tísico.

JUANA: Pero mis yemas son mías. Lo que pase en el internado no me incumbe
ESTÁNFOR: (*Sarcástico.*) Sempé que era tamestra. Pensé que era maestra.

JUANA: Sí soy *tamestra*, y de español, de *esñapol*, ¿eh? Y le puedo señalar cinco faltotas gramaticales, cinco, en esos versitos que le publicó *El Intolerante* de hoy.

ESTÁNFOR: (*Excitado.*) ¿Los buplicaron? ¿Salieron? ¿Hoy?

SERAFINA: (*Feliz.*) ¡Salieron, hijo!

El se levanta y abraza a SERAFINA. Bailotean por la habitación
ESTÁNFOR: ¡Sonquíguemelo, Ferasina!

Ella asiente y sale. El bailotea aún, pero con desgano creciente por la mirada de JUANA. Se sienta al fin.

JUANA: Hay gente que se alegra de hacer el ridículo públicamente.

ESTÁNFOR: (*Agresivo.*) Eso veo. Talfan tres semes, faltan tres meses para el carnaval.

JUANA: Esto... es un vestido que me estoy arreglando. No voy a salir a la calle así. ¡Y es asunto mío, MIO!

ESTÁNFOR: Moco mis servos. Como mis versos.

JUANA: Yo soy *su maestra*.

ESTÁNFOR: ¿De qué?

JUANA: Le voy a pegar, le voy a romper el hocico. (*El retrocede.*) No sé qué me contiene. Vil. Puerco. Vil. ¿Oyó? Lo desprecio. ¡Me da asco! (*Hace gestos de vómito.*)

ESTÁNFOR: (*Lejos.*) Vístase de chafas, de fachas a menudo, le mejora el carácter según veo, vesún geo.

JUANA: ¡Asco! ¡Asco! ¡Lo desprecio! No sabe ni hablar y pretende escribir. Y todavía le publican cosas, yo creo que por lástima. ¡Vesún geo! ¡Ja! ¡Ja, ja, ja! (*Pronuncia la risa como está escrita.*)

ESTÁNFOR: Y usted se abrete, se atreve a sar dacles, a dar clases, y berruzna, ¡rebuzna, eso hace! (*El rebuzna con fuerza.*) Eso, su sacle. No sabe nada de nada. Es una esfata, una estafa, moco dota esta escuela. A ver, conjúgueme abolir. Ande, a ver.

JUANA: Si cree que no sé conjugar un verbo irregular, espérese a que empiecen las clases. Ja, abolir, qué problema. (*Vemos que cierta duda asoma a su rostro.*) Abolir.

El se sirve un plato de merengue y lo come con desafío.

JUANA: ¡No se atreva! ¡Mi... merengue! (*El rie y come.*) ¡Qué me importa, atásquese! Tal vez la vida de sus lombrices justifique la presencia de usted en el universo.

Sale. Se cruza con SERAFINA que trae el periódico abierto.

SERAFINA: ¡Aquí está! ¡Salió tu nombre bien grande!

ESTÁNFOR: (*Lee.*) "Mármoles y triunfos", tres sonetos de Estánfor Vera. ¡Y me van a pagar dos pesos!

SERAFINA: (*Feliz.*) ¡Ay, muchacho, ya eres un poeta! (*Se ensombrece.*) Dicen que la vida de los artistas está llena de amarguras. (*Sirve más frijoles.*) Ten.

OSCURIDAD.

CUADRO II

*LA SALA. Ajuar. Helechos. Pianola. Cuadros. Adornos. Libreros.
Anochecerá en el curso de este cuadro. JUANA, ante un espejo,
ensaya una conversación. Se porta como una colección de postales
de la época.*

JUANA: Y puesto que me parece ver, en la frecuencia de sus visitas alguna intención ulterior, me permitiré informarle lo siguiente... Ay, no. Eso parece carta. Con más... naturalidad. Con mucho... sentimiento. El va a estar hablándome. Yo aquí, así. (*Se arregla el manto. Toma pose. Rie, por un supuesto chiste de su interlocutor.*) Ya ve usted, río, sí, río, y sin embargo, una pena secreta carne mi corazón. Un obstáculo imponente se opone a mi felicidad. Y ese obstáculo... (*Suspira.*) Cuán difícil resulta el confesarlo. Ese obstáculo es... (*Furiosa. Natural.*) Maldito lombriciente idiota. Y todavía publica versitos. Cree que ser escritor es publicar versitos. Yo podría enseñarle lo que es ser escritor. Abolir, estúpido. Yo abuelo, tú abuelas, él abue... Ay, no. Yo creo que así no es. Yo... ¡abolo! Claro. Tú... abolas... Ay. ¡Imbécil! (*Lo arremeda.*) Ay, no soy tamestra. Canalla. (*Suspira. Recupera la dignidad real. Ensaya.*) Usted no sabe lo que puede pesar, a veces, un pasado. No sé si me visita con otras intenciones que la amistad, pero es a nombre de ésta que debo hacerle una confesión: dos puntos. Aay, no. Parece que estoy dictando. ¿Cómo decirlo? (*Medita. Se pasea.*) ¿Y si mejor no le digo nada? Pues no. Yo no le digo nada. Más vale secreto eterno que amor muerto en botón. Lo saludaré así, muy natural. Lo oiré con arroamiento. ¡Hábleme de usted mismo! Quiero saber cosas. Cuénteme de su infancia: ¿de qué edad mudó dientes? (*Tocan.*) ¡Virgen pura, ya llegó! ¡Ay, qué nerviosa estoy! Se me aguadan las corvas y se me sube una cosa de yo no sé dónde. (*Llama quedo.*) ¡Serafina! ¡Abre! A qué horas se me antoja ir al baño. Es por los nervios. ¡Serafina, abre, que tocan! Dios mío, no puedo más. A qué horas. ¡Serafina! (*Tocan.*) A mí me va a pasar algo. ¡Serafina!

No aguanta, sale corriendo.

SERAFINA: (*Fuera.*) ¡Ya oí, no soy relámpago!

Entra y abre. Entra LIBRADO ESQUIVEL. Trae unas flores.

LIBRADO: Buenas tardes. ¿O ya son noches?

SERAFINA: Pase, siéntese. Ya me imaginaba yo que era usted. Resulta que ahora viene todos los días, ¿no?

LIBRADO: ¿Yo? ¿Todos los días? Es posible. Sí, es posible. Está... ¿el maestro Feria?

SERAFINA: ¡Flores para Diógenes! Qué amable.

LIBRADO: No son para él. Pregunté si está.

SERAFINA: Está Juana, y ya sabe de sobra que Diógenes jamás llega a estas horas. Siéntese, siéntese, siéntese. (*Suspira.*) Yo era amiga de la mamá de Diógenes, era como una hermana de ella, ¿sabe?

LIBRADO: Sí. Ya me lo había dicho usted algunas veces.

SERAFINA: Pues ahora no puedo ya sentarme aquí en la sala. Ahora se han descarado, soy para ellos una criada y nada más. (*Se sienta, se mece.*) ¿Qué le parece?

LIBRADO: Yo... no sé. Soy un perfecto extraño...

SERAFINA: Por eso leuento, para que juzgue. La difunta Recareda, que en gloria esté, me trajo aquí cuando me abandonó el marido. Se fue con una tiple de la compañía de zarzuela y opereta. En buena hora. Pero aquí, entré como una hermana y ya ve, ni siquiera en la sala puedo sentarme.

LIBRADO: (*Tenuo.*) Eso veo.

SERAFINA: Usted es cómplice, claro.

LIBRADO: ¿Cómlice?

SERAFINA: Trabaja en la escuela, ¿no?

LIBRADO: Soy, a mucha honra, el secretario de la escuela.

SERAFINA: Ay, a mucha honra. ¡Pues es una vergüenza cómo tratan a los niños! Eso que sirven en el comedor estaría bueno para puercos. Y para puercos muy flacos. Y en los dormitorios hay chinches.

LIBRADO: No es restorán ni hotel de lujo. Se imparte el saber. Alimentamos las mentes y tenemos el prestigio más alto en el Estado, y uno de los más altos en la República. En cuanto a esos parásitos de alcoba, se está haciendo actualmente una limpieza a fondo.

SERAFINA: Sí, cal y petróleo. No sirven de nada. (*Se mece. Suspira patéticamente.*) Me ha vuelto el asma. Es por el invierno. El otro día creí que me moría. ¿Qué será bueno para el asma? He estado tomando cocimiento de pino, pero todavía no me hace nada. Dicen también que el de chapopote es bueno, o que el alquitrán... Yo no sé. ¿Y usted cuántos años tiene?

LIBRADO: ¿Yo?

SERAFINA: No veo ningún otro usted.

LIBRADO: Tengo... veintinueve.

SERAFINA: Juana ya cumplió los cuarenta.

LIBRADO: (*Se levanta.*) Señora, no es asunto que me incumba, ¿por qué me dice usted eso?

SERAFINA: (*Se mece.*) Porque no me ha gustado nunca que la gente disimule y se haga tonta sola, ¿eh? Me gustan las cosas a conciencia. Las cuentas claras.

LIBRADO: (*Muy enfático.*) No entiendo.

SERAFINA: Yo sí. Y los que no sean tontos también. (*Amable.*) Ahí está Juana. Lo dejo con ella. Ya otro día platicamos más, ¿eh?

Ella sale y entra JUANA, muy a lo reina. LIBRADO sufre un choque al verla y trata de hacer caso omiso al modo como ella viste.

JUANA: Librado.

LIBRADO: Juana.

JUANA: ¡Librado!

LIBRADO: ¡Juana!

JUANA: Librado...

LIBRADO: Juana...

JUANA: Siéntese.

LIBRADO: Gracias.

Se han saludado, ella recibió las flores, las puso en un florero.

Un silencio. Dos suspiros.

LIBRADO: Pues ya me tiene aquí otra vez.

JUANA: Ordenaré que nos traigan café. (*Va a la puerta.*) Serafina, ten la bondad de traernos café. ¿Le gusta el merengue? Hice un poco.

LIBRADO: Si lo hizo usted, me gustará.

JUANA: Serafina, tráenos merengue del que... hicimos. (*Se sienta.*)

LIBRADO: ¿Ha notado el viento? Cubren el suelo del Paseo la hojarasca y los trozos de ramas tronchadas.

JUANA: El invierno es una estación melancólica y violenta.

LIBRADO: Así es. Muy cierto.

Un silencio.

JUANA: (*Voluble.*) Hoy oí en la calle una conversación muy tonta. Dos mujeres, que no sabían cómo conjugar abolir. ¿Qué le parece?

LIBRADO: Es tan sencillo. Es... (*Duda.*) Es un verbo irregular por diptongación. Eso es.

JUANA: (*Dudosa.*) ¿Sí?

LIBRADO: Yo... abuelo... Tú... abuela... (*Risita falsa.*) Así conjugan los que no saben.

JUANA: Sí, es muy... chistoso.

LIBRADO: Qué viento hay, ¿no?

JUANA: Terrible.

Un silencio. Como él no parece advertir el traje, ella dice:

JUANA: Se preguntará por qué visto así.

LIBRADO: Ah. Ah, sí. Claro. Me pareció... es un traje muy... curioso. Bonito. Precioso.

JUANA: Hablábamos ayer del carnaval, ¿se acuerda? Sabrá que yo fui reina.

LIBRADO: Claro, mi mamá me ha contado. (*Rectifica.*) Porque yo salí a México algunos años y... en esos años usted fue reina.

JUANA: Pues de ociosa me probé hoy el vestido y el cuerpo no me ha cambiado nada. Claro, si no hace tanto tiempo. Entonces dije: voy a dejar que Librado me vea. Y... me lo dejé puesto. Qué locura, ¿verdad?

LIBRADO: (*Trata de parecer comprensivo.*) Hay veces que... hacemos locuras. Una vez me vestí de gitano y aprendí un baile con castañuelas. Tenía yo seis años. ¿Usted no toca las castañuelas?

JUANA: No, nada más el piano. ¡El tiempo huye tan de prisa! Yo iba en mi trono, en la carroza, entre el mar de la multitud, cuyas olas me vitoreaban lanzando espuma de flores a mi paso. Mi trono, por cierto, era una concha como la de Venus. Yo saludaba y agitaba los brazos y veía a todos lados, como en una danza oriental. ¡Los balcones! Pensé que iban a zozobrar los balcones y azoteas con el peso de tanta gente que me aclamaba. ¡Mis vasallos!, gritaba yo, tirando besos al aire. Volaban muchas palomas, era el delirio. Y entonces, un desconocido solitario, desde un balcón, tiró a mis pies un collar de perlas. Qué compromiso, yo no sabía cómo devolverlas, o si debía tal vez aceptarlas. Era una reina, ¿no? Por fortuna eran falsas, un joyero nos dijo. Tengo tantas fotografías... Si viene usted mañana, se las enseño.

LIBRADO: Las veremos, entonces.

JUANA: Es bueno ser maestra, pero es bueno también conservar en los labios un saborcillo de locura y de triunfo.

LIBRADO: (*Cauto.*) Hay algunas locuras que no son tan graves.

Tocan.

JUANA: ¿Quién puede ser?

Entra SERAFINA con el café. Lo deja, va a abrir.

JUANA: ¿Y el merengue?

SERAFINA: Ya se acabó.

JUANA: ¡Cómo va a ser! Se lo diste a... ¿alguien?

SERAFINA: Pues te enojaste tanto cuando lo hice porque tú querías las claras para ponértelas...

JUANA: (*Cubriendo lo que la otra dice.*) Está bien, no quiero explicaciones, está bien. Abre la puerta que tocan.

Abre SERAFINA y se va. Entra INÉS. Tiene un estilo muy infantil.

Irá a cumplir los 20 años o algo así.

INÉS: Buenas tardes, señorita. Buenas tardes, señor.

JUANA: ¿Qué se te ofrece? Te toca clase hasta mañana.

INÉS: Dice mi mamá que si no es tan amable de adelantarme la clase para hoy, porque mañana vamos a recibir unas visitas.

JUANA: ¿Y por qué no las reciben hoy?

INÉS: Porque van a ir mañana y yo debo aprender a recibir visitas, eso dice mi mamá.

JUANA: Pasa. (*Se levanta.*)

INÉS suelta una risita tímida.

INÉS: Qué chistosa se ve usted así. ¿De qué es ese vestido?

JUANA: (*Glacial.*) De reina. Empieza a repasar la *berceuse* mientras me cambio. (*Pronuncia conforme a la ortografía castellana.*) Me va usted a perdonar, Librado. Vuelvo en seguida. (*Sale.*)

INÉS se sienta a la pianola y empieza a machacar alguna berceuse de Elorduy o de Jordá.

INÉS: (*Tocando.*) A mí me gustaría ir a la escuela, pero en mi casa no quieren. Dicen que una puede aprender cosas malas.

LIBRADO: Tienen mucha razón.

INÉS: Por eso tomo clases aquí. Estudio piano, español, aritmética, historia...

LIBRADO: La cultura es indispensable para la vida del espíritu.

INÉS: Yo quisiera que usted me diera clases en mi casa.

LIBRADO: ¿Y de qué podría yo darle clases que no le enseñen aquí?

INÉS: (*Gira de un solo golpe con el asiento. Lo ve, muy adulta.*) De amor.

LIBRADO: (*Se levanta de un salto.*) Señorita, siga tocando y no diga necedades...

Camina, muy nervioso. Ella lo ve, llena de sugerencias. Se mueve los labios. Los mueve. Parpadea pesadamente.

LIBRADO: ¿Usted sabe lo que es una persona honrada? Yo soy una persona honrada. ¡Siga tocando!

INÉS hace una muequita infantil y vuelve a tocar.

INÉS: (*Tocando.*) Y los hombres honrados... ¿no hablan de amor?

LIBRADO: Lo hacen... con intenciones honradas. (*Se sienta.*) Basta del tema.

INÉS: (*Risita.*) Yo sé muchas cosas.

LIBRADO: Me alegro.

INÉS: (*Se vuelve. Grave.*) Pero quiero aprender más.

LIBRADO: ¡Señorita! (*Se levanta.*) No juegue usted.

INÉS echa a andar el rollo de la pianola, pedalea y hace movimientos obscenos con los hombros y los brazos mientras ríe y se echa hacia atrás, sacando la lengua sensualmente:

INÉS: ¡Ven, anda, ven!

LIBRADO: (*Aterrado.*) ¿Se está volviendo loca o qué le pasa?

Ruido en la cerradura. Ella se sienta muy derechita y hace como que quiere parar el rollo. Entra DIÓGENES. Va derecho a la pianola y la para.

INÉS: (*Otra vez infantil.*) Buenas tardes, profesor. Quién sabe qué cosa hice que empezó a sonar la pianola.

DIÓGENES: La echó usted a andar, eso hizo. Siéntese allá y escriba una página de copia. A ver. (*Va al librero.*) Los excelentes poemas de don Leandro Fernández de Moratín. Copie usted: "Alfisebeo y Cloromiceto", égloga. (*Ella obedece.*) Mi querido y joven amigo, ¿qué hace en ese rincón? Parece un moderno gato de porcelana. Siéntese aquí.

Le estrecha la mano. Entra JUANA, con otra ropa.

JUANA: Papá. (*Le besa la mano.*)

DIÓGENES: Mi hora de llegada es a las siete y media. En las tardes camino por el paseo. Un ejercicio ameno y deleitoso. Así que ya sabe, no venga antes o tendrá que fastidiarse con esta tonta.

JUANA: ¡Papá!

DIÓGENES: No eres absolutamente tonta, pero el intelecto de una mujer no puede compararse con el de un hombre, ni en los mejores casos. Por ejemplo, ¿qué son esos oscuros renglones de la Monja Mexicana? Mal llamada décima musa, pues las musas inspiran la poesía y no la escriben. Ella tampoco, pues ¿qué son, decía, esos confusos versos que pergeñó, junto a la gloria inmortal del gran Cervantes, o de Lope? Malas imitaciones de un loco culterano, la ponzoña del gongorismo y sus nefandos vicios idiomáticos. Eso digo en mi artículo de mañana.

LIBRADO: Muy interesante, muy sustancioso. Profundo.

DIÓGENES: Violento también. Cito luego al filósofo alemán: "animales de ideas cortas y cabellos largos". Tráenos café, Juana.

Sale JUANA.

DIÓGENES: Me ocupo de una ridícula y escabrosa novelita: "Los caprichos de Chuchette". (*Pronuncia conforme a la ortografía castellana, incluso exagerando la doble t.*) Desde el título es absurdo, en español decimos Chuchita, o Jesusita, más correcto aún. Mal gusto, mala gramática, dudoso humor, moral más dudosa aún, y todo escrito */por una mujer!* (*Ve el volumen.*) Estrella del Valle. Mañana verá la luz mi crónica. Por cierto, que hoy publicaron... ¿En dónde está el periódico? Verá. (*Grita estentóreamente.*) ¡Serafina, quiero el periódico!

Apareció un chorizo de malos versos, pretendidos sonetos, escritos por un alumno de esta escuela. (*Grita.*) ¡Serafina, que venga Estanislao! Es inaudito, desafiar así a la opinión pública... ¿Y qué lo trae por aquí?

LIBRADO: De visita, nada más.

DIÓGENES: Me alegro. La mejor compañía del solitario: un buen libro y un perro. Y claro, un amigo, debería añadir el refrán. ¿Fuma? (*Grita.*) ¿A qué horas vas a traer ese café, Juana? Y que venga ese jovencuelo que se cree poeta. Tengo que hablarle.

LIBRADO: (*Fuma.*) Publican versos y estoy seguro de que ni siquiera saben conjugar el verbo abolir.

DIÓGENES: Por cierto. Abolir... (*Duda.*) Es un verbo de irregularidad... No es por diptongación sino por... (*Murmura algo que quizás sea conjugación tentativa.*) A ver, señorita, conjugue usted abolir.

INÉS: ¿Eh?

Ella se queda aterrada. Deja la pluma, alza la cara. Entra ESTÁNFOR.

ESTÁNFOR: Buochas nones.

DIÓGENES: Espere, deje que lo haga el poeta. A ver, Esteban, conjúguenos el verbo abolir.

ESTÁNFOR: Dervo fedectivo. Terfo quedec- verbo defectivo, que no tiene todos los tiempos ni todas las personas. Tufuro sí tiene: alobiré, alobirás, arolibá...

DIÓGENES: Suficiente, muy bien, aunque insista en mezclar vocablos japoneses a su habla cotidiana. Pero debo advertirle que si continúa perpetrando públicamente versos mal acentuados y dudosamente rimados, no podré enviar la carta que anualmente solicita su municipio. Sin carta se acabaría la beca y usted debería dejar esta escuela. O pagar su pensión. Es un desprecio que un alumno nuestro publique tanto ripio de un solo golpe. Es todo, Esteban.

ESTÁNFOR: Me llamo Estánfor.

DIÓGENES: Ese nombre no existe, puede ver en el diccionario.

ESTÁNFOR: Estánfor dicen mis palepes, todos mis papeles, y el registro civil: Estánfor. Y los nosetos, que no tienen pirrios, ripios, los firma Estánfor.

DIÓGENES: (*Grita.*) Pues los firma Estánfor y se larga Esteban. Ya.

Gesto. El da la vuelta, furioso. Choca con JUANA: le tira el servicio de café. Ella grita y le pega con furia.

JUANA: ¡Canalla, estúpido! ¡Esto lo hizo de intento! ¡Qué viene a hacer a la sala! ¡Maldito, estúpido fregado, condenado!

Lo corretea, tirándole golpes y charolazos. El para algunos, recibe otros. Vuelan sus lentes. Choca con el aterrado LIBRADO.

ESTÁNFOR: Si se rompieron me los paga.

Los recoge, se los pone. Abre la puerta de un librero, se mete. Sale y se va, muy digno.

JUANA: (*Aúlla.*) ¡No sé qué me pasó, no tengo idea por qué me habré portado así! Es muy raro, yo nunca me porto así.

INÉS *no aguanta la risa.*

DIÓGENES: (*Ruge.*) Ya vamos a ver su copia, señorita. (*Por lo bajo, según él:*) Y me extraña, Juana, que te desenfrenes así delante de mi visita y de...

JUANA: (*Aúlla.*) Tú crees que todas las visitas son para ti, ¿verdad? (*Sale llorando.*)

DIÓGENES: Algo sucede aquí que no es normal. (*Ruge.*) A ver su copia. (*Lee.*)

Prófugo, triste en mi destino incierto
dejé (con ge) mi choza y mis alegres campos
de los caprichos de Chuchette
Y al constante en amor Alfesibeo
todo lo abandoné por ignorada
ese muchacho que se cree poeta
senda me apartó con errante huella... (*La ve. Sigue.*)
Y trepar a la fuente pegasea (ese nombre no existe)
pues si el aceite y la labor no excusas
canalla estúpido en la sala. (*La ve.*)

¿Qué quiere decir esto?

INÉS: (*Asombrada.*) Ay. Yo nada más copié de aquí...

DIÓGENES: Repita esta misma copia cinco veces, sin un solo error. Y escriba después, mil veces: Debo poner atención a lo que hago. Mil veces.

Va con curiosidad hacia la puerta.

Permitame ver... Esta muchacha... Hay días que me preocupa.

Sale. INÉS hace: "pssst... pssst..." LIBRADO la ve: ella se alza la falda y le enseña las piernas. El ve para otro lado. Ella insiste: "pssst... pssst..." El se aleja a ver un cuadro en la pared.

INÉS: (*Canta quedito, alzándose mucho la falda y bailoteando.*)

Mañana por la mañana
te espero, Juana, donde yo sé.
Te juro, Juana, que tengo
ganás de verte la punta 'el pie.

La punta 'el pie, la rodilla,
la pantorrilla y el peroné.
Te juro, Juana, que tengo
ganás de verte la punta 'el pie.

Se rie y corre a escribir en el instante en que entra DIÓGENES.

DIÓGENES: Se ha encerrado en su cuarto. Esto es femineidad pura. Incoherencia mental y sentimental. Pero siéntese y charlemos.

Tocan. Va a abrir. Entra EVANGELINA CHI, cargada de libros. Se viste y se mueve como la bibliotecaria absoluta. Usa lentes y chongo. ¿Tendrá 30, 40 años? ¿O menos? ¿O más?

DIÓGENES: Señorita Chi, buenas noches. Conoce al profesor Esquivel. La señorita Chi es nuestra nueva bibliotecaria.

LIBRADO: Ya tenía el gusto, claro.

EVANGELINA: Llevo tres meses en el puesto, señor.

DIÓGENES: Su predecesora, la señorita López Godínez, nos duró 23 años, hasta que la Parca se le presentó en forma de cólico biliar. Se la llevó, claro. Los alumnos la hacían enojar tanto... La señorita Chi tiene la bondad de redactar conmigo las fichas de la biblioteca, en forma moderna y eficaz.

EVANGELINA: Llegaron dos libros por correo, señor. Y también estas cartas.

DIÓGENES: Las contestaré y revisaremos esos libros.

LIBRADO: Si van a trabajar... prefiero no interrumpirlos. Me retiro.

DIÓGENES: Ande, muy bien. Le agradezco su visita. Y no esté tan callado la próxima vez. Señorita, damos por terminada la clase de hoy. Puede retirarse.

INÉS: No han venido a buscarme de mi casa y no me puedo ir sola, están las calles muy oscuras.

DIÓGENES: El profesor Esquivel tendrá la bondad de acompañarla.

Reacción leve de ambos.

INÉS: Muchas gracias, profesor. Buenas noches.

LIBRADO: (Aterrado.) Buenas noches.

Salen ambos. Un silencio. DIÓGENES camina al azar. Dice al fin:

DIÓGENES: Siéntese usted, Evangelina. Ese... sistema que ha descubierto me parece que ofrece muchas ventajas. Tarjetas, varias por cada libro... No cabe duda que la ciencia descubre cosas cada vez más ingeniosas...

La ve. Ella no se sienta. El va y cierra las puertas con llave, sin dejar de hablar, y cierra luego las maderas de las ventanas.

DIÓGENES: Veo que trae usted todos los libros que nos han llegado. Déjelos en la mesa, por favor. Ya les haré reseña. Procederemos en tanto a clasificarlos. Y cartas... que contestar. Correspondencia. El correo es un milagro de los tiempos modernos. Reseñando libros cobro algunos pesos en el periódico... y enriquezco la biblioteca de la escuela. Una combinación afortunada... afortunada...

Está junto a ella. Todo está cerrado ya. La pesca de pronto.

DIÓGENES: (Ruge.) ¡Evangelina!

EVANGELINA: (Grita, tomada por sorpresa.)

DIÓGENES: (La estrecha.) ¡Evangelina! (La besuquea sensualmente.)

EVANGELINA: Va a venir alguien. Déjame. Ya no. Ya no.

DIÓGENES: Es la carne, el demonio del mediodía. ¡Qué pasión!

EVANGELINA: No, nos van a ver. Ahora en la tarde, qué miedo tuve...

DIÓGENES: Ya sé. La biblioteca. Las sombras del culto recinto... Sin embargo... ¡nada sagrado! La culpa despierta más a la pasión. ¡Ah! ¡¡¡Aaah!!!!... ¡¡¡AAAHH!!! Esos estantes son tan incómodos. Nos llenamos de polvo... Nos cayó encima la enciclopedia... ¡La pasión es terrible!

EVANGELINA: ¿Qué horas son? Tengo que irme. Ya no... Déjame ir... Diógenes, ay... Diógenes...

DIÓGENES: ¡¡VEN!! (La arrastra al sofá.)

OSCURIDAD.

CUADRO III

LA COCINA. NOCHE

ESTÁNFOR cena. Acabó un plato y lo tiende. SERAFINA le sirve más.

SERAFINA: Ese hombre era un poeta muy famoso. Lo que sí, no era flaco ni menudo, sino gordito y con muy pocos pelos, pero bien largos. Le encantaba

pasearse desnudo por su casa, recitando a gritos, con las ventanas de par en par. Qué raros son los poetas. Un día que asaltó en un zaguán a una señorita muy decente, ella gritó y lo llevaron a la comisaría. Pues declamó allí unos versos a la madre, tan preciosos que el juez y todos lloraron, hasta la señorita lloró. Lo dejaron libre y ella se hizo su amante. ¡Así es la poesía!

ESTÁNFOR: Ya se acabó mi chafé con leque.

Ella le sirve.

SERAFINA: También los músicos son terribles. Mi padrino tocaba la guitarra y siempre estaba jalándome detrás de las puertas. Dizque para enseñarme. Yo tenía 14 años. Todos los artistas son depravados. Ay, hijo, tú cuídate.

El asiente, devorando vorazmente. Entra JUANA. Se cruza de brazos para observarlos.

JUANA: Trague usted. Trague. (*Silencio. El la obedece.*) Nanita, déjanos solos, ¿quieres?

SERAFINA: (*Se interpone.*) Ni sueñas que vas a pegarle otra vez. Has dado un espectáculo. Y es un desprecio para la escuela: pegarle a los alumnos en público.

JUANA: (*Suavemente.*) Serafina: déjame hablar con él a solas, ¿quieres?

SERAFINA: (*Los observa detenidamente.*) Tantos años he vivido... y nunca termino de ver novedades. Mh. Qué raro está todo... (*Sale.*)

Un silencio.

JUANA: Pues bien... (*Calla.*) ¡Paré de tragarme, que voy a hablarle!

ESTÁNFOR: No como con las orejas.

JUANA: Pero me pone nerviosa.

Entra SERAFINA.

SERAFINA: (*Meditabunda.*) La sala está cerrada. Con llave. Y adentro hay alguien. Y yo oí unos ruidos...

JUANA: Nana, déjanos solos.

SERAFINA: Mira, hijita: voy a pensar cosas peores, o a espiar detrás de la puerta. ¿No me tienes confianza? ¿Qué sucede?

JUANA: (*Duda.*) Bueno. Te lo diré: ¡amo y soy amada!

SERAFINA: Mh. ¿Ese que viene todas las tardes?

JUANA: ¡Ese!

SERAFINA: ¿Ya se te declaró?

JUANA: ¡Nunca lo dejan! Siempre pasan cosas, o viene mi papá, o llega Inesita, ¡o algo!

SERAFINA: (*Canturrea.*) Yo le veo cara de que está enamorado de la escuela más que de ti; ése quiere ser director; no me gusta nada.

JUANA: ¿Tú crees? En último caso, qué me importa: la beneficiada soy yo, no la escuela. Quiero casarme con él.

SERAFINA: Pues total, cásate.

JUANA: (*Empieza a llorar.*) No puedo.

SERAFINA: ¿Por qué?

JUANA: Estoy casada.

SERAFINA: ¿Cómo? ¿Desde cuándo?

JUANA: Desde hace un año.

SERAFINA: ¿Con quién?

JUANA: ¡Con ése!

ESTÁNFOR asiente lángicamente. SERAFINA se sienta a oír, totalmente incrédula.

SERAFINA: ¡Cómo va a ser!

JUANA: Nos casó mi papá. Nos sorprendió. (*Aúlla, llorando.*) ¡Con este renacuajo me vino a sorprender!

ESTÁNFOR: ¿Con quién quería que la sorprendieran? ¿Con el príncipe de Gales?

SERAFINA: ¿Pero qué estaban haciendo?

JUANA: ¿Tú qué crees, tonta? Te digo que nos casó.

SERAFINA: ¿Pero esta criatura? ¡Y tú?

JUANA: Este... sátiro. Me puso boba, como a ti. ¡Cuídate, nana! Pobrecito, tan mono, tan flaquito, mechudo y alrevésado para hablar, hacía cuentos y versos tan bonitos, y luego me los leía de corrido, sin que se le trabara la lengua ni una vez. ¡Qué talento tiene!, decía yo, y le daba de comer a escondidas, le encanta que le den de comer a escondidas. Un día, en vacaciones, fui a zurcirle sus calcetines y este degenerado yo no sé qué pensó. Me senté yo en el borde de su cama... ¡Y me cayó encima! No supe más de mí.

ESTÁNFOR: Me tropecé y me caí.

JUANA: Sí, ¿verdad? ¡Y después, qué?

SERAFINA: Te cayó encima... Y entonces llegó tu papá.

JUANA: No. Llegó a la otra semana. (*Llora a gritos.*) ¡Había un muchacho espiándonos por la cerradura! Y mi papá lo vio y abrió a ver qué pasaba. ¡Qué vergüenza, nanita, qué vergüenza! Cerró otra vez y le dio de patadas al que espiaba, además lo expulsó, con amenazas horribles para que no fuera a decir nada. Yo me vestí en seguida, pero no me atrevía a salir. Entonces, papá puso un candado por fuera y nos dejó toda la tarde. Regresó con un juez... ¡y nos casó!

SERAFINA: ¡Y los casó!

JUANA: Nos casó. (*Se suena.*) Y usted, si algo le queda de caballero, va a acceder a lo que le pida. Va usted a venir conmigo y aceptará los cargos de que lo acuse: maltrato y abandono de hogar. Vamos a divorciarnos. Tengo dinero: cien pesos. Y voy a tener más. Con eso pagaré al abogado. Mi padre no debe saber nada, hasta después. ¿Qué me dice?

El, abre y cierra la boca. Duda. Toma un cuaderno, hace señal de "un momentito" y se pone a escribir.

SERAFINA: ¡Y cuando sepa tu padre que te has divorciado?

JUANA: Le pediré perdón de rodillas y permiso para casarme otra vez. ¿Qué dice usted? ¿Acepta?

ESTÁNFOR: No.

JUANA: ¡No?

ESTÁNFOR: (*Se incorpora. Lee:*) Primero voy a dar mi versión de los hechos: el tropezón fue mío, aunque bien puede ser que alguien haya metido el pie.

JUANA: Canalla.

ESTÁNFOR: O tropecé solo, pero en lo demás tuve mucha colaboración.

JUANA: Canalla y vil. Nunca ha sido un caballero. Nunca.

ESTÁNFOR: Después del matrimonio fui repudiado y humillado. Me bajaron injustamente mis calificaciones, se burlaron de mí en las clases...

JUANA: ¿Pues qué esperaba? ¿Favoritismos? ¡Esta escuela es estricta!

ESTÁNFOR: ...de modo tal que no han permitido la correcta maduración de mi carácter. Debo salir de aquí hacia ambientes más propicios.

JUANA: Por mí, madure y púdrase y lárguese, pero vamos antes a divorciarnos.

ESTÁNFOR *escribe a toda prisa.*

JUANA: ¿Por qué rayos escribe tanto?

ESTÁNFOR: Ma serdo tanos, me rardo tenos, pe tardo ranos demoro más hablando sin papel. (*Lee:*) Mi familia es muy pobre y no cree en los estudios. Mi padre está situado entre la tiranía y la brutalidad. Estoy aquí gracias a la beca del municipio. No tengo dinero ni para pasar las vacaciones en mi casa. Necesito un diploma sobresaliente, magna cum laude, de estudios terminados. Así, recibo beca estatal y voy a estudiar a México. Deme diploma y me divorcio.

JUANA: En seguida, diploma. Le faltan dos años para terminar la preparatoria. Entonces se le dará.

ESTÁNFOR: Pues hasta entonces me vidorciaré.

JUANA: Está loco. Y es malo. Vil. Quiere hacerme esperar dos años. Me asquea. ¿De dónde le voy a dar un diploma falso? Mi padre es el honor en persona, ¿no lo sabe? Nunca consentirá.

ESTÁNFOR: Calcifíquelo. Falsifíquelo. El mirfa por tonmones. Firma montones. Ponga el mío entre dotos. Mirfará sin carse cuenta - sin darse cuenta.

JUANA: Pues sépallo: NUNCA engañaré así a mi padre.

ESTÁNFOR *se encoge de hombros y escribe. Arranca la hoja y la da a JUANA. Sale.*

JUANA *lee: Lanza una exclamación y le grita:*

¡Sátiro, vil! ¡Esto es una extorsión! ¿Ves, nanita? ¿Ves? Conócelo, anda. Si yo te digo que es un puerco.

Rompe a llorar y tiende el papel a la nana.

SERAFINA: (*Lee:*) "Duermo en el salón de Ciencias Naturales. Y no sólo deseo el diploma: también quiero ejercer mis derechos de esposo. No puede haber divorcio sin matrimonio. La espero. Vaya y después hablaremos". (*Encantada.*) ¡Pero Estánfor es un muchacho terrible! Hija, ¿qué vas a hacer?

JUANA: ¡Primero muerta! ¡Nunca iré! ¡Nunca!

SERAFINA: ¡Es un artista!

Abraza a JUANA.

TELÓN

ACTO SEGUNDO

CUADRO I

EL SALÓN DE CIENCIAS NATURALES

Escritorio, pupitres, un esqueleto. Esquemas zoológicos y botánicos, y el catre de ESTÁNFOR, sin arreglar.

ESTÁNFOR: (*Gritando con la boca atascada de piedras.*) Trescientos traviesos tigres trigo tragaban de un mismo plato. Horrísono estruendo del combate. Trescientos caballos trepidantes plenamente galopan. Retumban sus potentes pezuñas. (*Escupe las piedras.*) Dicen que es mejor hacer esto a la orilla del mar, pero aquí sólo hay río. (*Suspira.*) Si es cierto que la voluntad puede todo, creo que podría dominar mis emociones y dejar de trastocar las palabras. Siento a veces que estoy a punto de saber por qué lo hago... pero ya no investigo más y sigo haciéndolo. Como estos gestecitos infantiles: a veces pienso que ya no estoy en edad de que se me vean bien. Ese es el problema: ¿soy o no soy dueño de mí? (*Abre un cuaderno y lee:*) "Pensamientos de Estánfor Vera. No importa ser ridículo, puesto que todos somos ridículos. Lo que sí importa mucho: darnos cuenta y saber reírnos de nosotros mismos". (*Se admira.*) Qué bruto, qué buen pensamiento. (*Lee:*) "Elijamos nuestras defensas en un mundo violento: nadie le pega al débil, sólo los malos. Por eso es bueno ser débil. Nadie se burla de lo que ya es caricatura, sólo los idiotas. Por eso es conveniente ser nuestra propia caricatura". (*Dubitativo:*) Claro, siempre hay bastantes malos e idiotas en el mundo. (*Lee:*) "Creo que yo podría ser digno, elegante, seductor, muy fácilmente. Pero no hay que gastar la vida en lo que no nos importa a fondo. A mí no me interesa ser todo eso". (*Cierra la libreta.*) Muy poco, si acaso. (*Ve al esqueleto.*) Te conozco muy bien, Estánfor Vera, te conozco. Pero el conocimiento de uno mismo raramente mejora nada. (*Suspira.*) Mis hábitos de defensa se han vuelto más fuertes que yo; el hábito sí hace al monje. Preso de mí, soy como un personaje trágico; sufro en forma muy compleja. Yo creo que me parezco a Hamlet.

Posa junto al esqueleto, como para una foto.

Entra JUANA. *Sobresalto de ESTÁNFOR, que finge estudiar al esqueleto. Luego, quiere sonreír y hacer una graciosa bienvenida, pero ella va a sentarse al catre, lugubriamente. Rompe a llorar. Un silencio. Se calma, se suena. ESTÁNFOR está cohibido por el llanto pero sale y oímos que cierra la puerta con pasador. Vuelve.*

Ya recé y fuipe un sapuelo — Cerré y puse un pañuelo en la cerradura.

JUANA: No vine a eso. ¿Qué se ha creído?

ESTÁNFOR: ¿No?

JUANA: No. (*Silencio. Ella llora más.*) ¿No me pregunta nada?

ESTÁNFOR: Bueno... ¿Llorqué polla?

JUANA: Lloro porque todo ha sido inútil.

ESTÁNFOR: ¿Todo qué?

JUANA: Mi sacrificio. No habrá certificado.

ESTÁNFOR: ¿Por qué no?

JUANA: Debe firmarlo no sólo mi padre: también el gobernador. Y debe estar acompañado por la lista total de calificaciones con la firma de todos los profesores, o si no, debe haber una carta explicativa de mi padre.

ESTÁNFOR: Todos los profesores son cinco.

JUANA: Pero no puedo hacer que firmen sin darse cuenta, ¿cómo?
ESTÁNFOR *se bunde.*

¿No va a acceder a divorciarse?

ESTÁNFOR: (*Se encoge de hombros.*) Voy a pasar aquí dos años más. Si me vidorcio... me rebruepa su drape, y al diablo mi carrera y la beca del Estado.

JUANA: ¡Y si no se divorcia, se va al diablo mi dicha!

ESTÁNFOR: ¿Tánto le importa casarse con ése...?

JUANA: ¿Tánto? Con la promesa del divorcio ya consiguió usted abusar de mí tres veces. (*Trágica.*) Tres veces. Cómo me he prostituido.

ESTÁNFOR: Soy su marido, ¿no? ¿Cuál truspipución?

JUANA: Puerco. Me asquea. Me repugna. Renacuajo. Y hace que yo misma me tenga asco.

ESTÁNFOR: (*Incrédulo.*) ¿De veras?

JUANA: Claro. Lo que pasa... que soy humana. Pero al llegar de regreso a mi cuarto es cuando sufro más. Entonces sí sufro mucho.

ESTÁNFOR *se deprime. Un silencio.*

ESTÁNFOR: Pues... dopemos vidorciarnos cuando quiera.

JUANA: ¿De veras? ¿Lo promete? ¿Palabra? ¿No va a echarse atrás? ¿Va a cumplir? (*El asiente a cada pregunta, con amargura.*) ¡Gracias, gracias! ¡Ah, la libertad!

ESTÁNFOR: Claro, ya que está aquí... podría sacrificarse un poquito, por última vez...

JUANA: ¡Ah! ¡Ya sabía!

ESTÁNFOR: (*Digno.*) No es necesario. Digo... podría. Si no quiere... No hace falta. Di mi palabra.

JUANA: (*Lo observa. Se suaviza.*) A veces creo que no es tan malo...

Sacuden la puerta. Sobresalto de ambos.

DIÓGENES: (*Fuera.*) ¡Esteban! ¡Abra usted!

Toquidos.

JUANA se desmaya, con un leve gemido.

ESTÁNFOR: ¡Voy!

Arrastra a JUANA debajo del escritorio, la dobla con trabajo mientras duran los toquidos. La acomoda dificultosamente. Va a abrir. Ella se desdobra y queda a la vista. La acomoda de nuevo. Toquidos. Va a abrir.

JUANA: ¿Dónde estoy?

ESTÁNFOR: Bedajo del estriitorio y no se vuema. Va entrar su drape.

JUANA: (*Ida aún.*) ¿Estricorio? ¿Drape? ¿Qué son? ¿Venenos?

ESTÁNFOR la calla, "sh", quiere decir algo. Toquidos horrorosos. Va y abre. Entra DIÓGENES viendo en torno.

DIÓGENES: Un joven de su edad no debe estar encerrado a solas. No es sano.

¿Por qué tardaba tanto en abrir? Creí que estaba con alguien.

ESTÁNFOR: ¿Eso habría sido sano?

DIÓGENES: Un joven de su edad no es sano que se encierre solo ni acompañado. Quiero hablar con usted. Cierre la puerta.

ESTÁNFOR *va a hacer un chiste obvio. No se atreve. Cierra.*

DIÓGENES: Debo anunciarle que va usted a divorciarse. Prepárese. Iremos al abogado mañana mismo. El honor que mancilló usted ha quedado... medianamente limpio con un año de matrimonio.

ESTÁNFOR: (*Atónito.*) ¡Tomento! ¡Momento! Supe por qué me saqué, quiero saber por qué me vidorcio.

DIÓGENES: No le importa. Yo tengo aquí la patria potestad, según la carta con que me lo enviaron sus padres y el municipio.

ESTÁNFOR: Pero al sac- al casarme me volví mayor de edad.

DIÓGENES *se enfurece, va a gritar. ESTÁNFOR se ha sentado, cada vez más seguro de la situación.*

DIÓGENES: (*Se domina.*) Esteban...

ESTÁNFOR: Me llamo Estánfor.

DIÓGENES: Ese nombre no existe. Vea el diccionario.

ESTÁNFOR: Vea el acta de casamiento.

DIÓGENES: No me interrumpa. Esteban: hay un hombre excelente que quiere casarse con mi hija. Me ha pedido su mano. Ella lo ignora aún y yo no quiero que lo sepa hasta verla libre. La noticia va a hacerla muy feliz. Es una imbécil, pero eso no obsta para que yo desee su dicha. Además, el pretendiente sería muy digno sucesor mío en la dirección de la Escuela. Es justo que las instituciones fundadas por nosotros sobrevivan, y así cubran de gloria nuestros huesos.

ESTÁNFOR: Antes de que se gonpa más tóspumo — se ponga más póstumo, debo cedirle, bedo lecitle... lebo biderle (*patea exasperado*), belo diberle que con tircunsanpias banquiadas — las circunbancias danbiacas (*grita y se mesa el pelo*), cimbuntanquias mandiatas, ¡tusurcantias sandiabas!

DIÓGENES: Eso no es buen español. No farfullé más y explíqueme: ¿Debe decirme qué?

ESTÁNFOR *hace señal de "un momento" y se sienta a escribir en un cuaderno. DIÓGENES hace acopio de paciencia, se medio sienta en el escritorio, toca distraídamente el pelo de su hija, juega con él. Se da cuenta, palpa con atención.*

DIÓGENES: ¡Qué es esto! ¡Se atreve usted! (*Se levanta indignado.*) Ahora veo por qué no me abría. Sepa que está prohibido traer animales al establecimiento. Saque de aquí ese perro y que no vuelva a suceder.

ESTÁNFOR: (*Aterrado.*) Es manso y limpio. No hace nada malo.

DIÓGENES: Fuera, he dicho. (*Gesto.*)

ESTÁNFOR: (*Duda. Se decide.*) Ks, ks, ks. Terripo, ven, petirro... Ks, ks, perrito... Le da miedo. Sálgase usted para que pueda llevármelo.

DIÓGENES: ¿Lo saca usted o lo saco yo?

Mete las manos bajo el escritorio. JUANA gruñe y ladra. Lo muerde. El grita.

DIÓGENES: ¡Me ha mordido! Pero voy a sacarlo a palos. (*Juana gruñe.*) Puede que esté rabioso. ¡A balazos! Eso es, lo mataré como a un perro.

Patea a ciegas, por detrás del escritorio. JUANA grita y sale a gatas.

¡Qué es esto! ¡Un grito! ¡Juana, tú aquí! Y me has mordido, ¡a tu propio padre!

JUANA: Déjame que te diga...

DIÓGENES: ¡Fuera! ¡Una perra y no un perro! ¡El deshonor y el ridículo! ¡Sal y vete al abismo más próximo, a la perdición!

JUANA: ¿Me dejarás hablar? ¡Vine a pedirle el divorcio, me lo ha dado!

ESTÁNFOR se sienta a escribir.

DIÓGENES: ¿Te lo ha dado?

JUANA: Sí.

DIÓGENES: ¿Y no has hecho aquí nada... impúdico?

JUANA: (*Vergonzosa.*) ¿Debajo de un escritorio? ¿Cómo crees?

DIÓGENES: ¿Qué tendría de raro? Ha habido casos que en un estante de biblio... Pero no importa. ¡Jura que no lo hiciste!

JUANA: Te juro que *esta mañana* entré aquí tan pura como voy a salir. ¡Por mi felicidad, lo juro!

DIÓGENES: Bueno, levántate. ¿Y por qué te escondiste?

JUANA: Me escondí por la forma tan fea que tienes de tocar puertas. Me espanté sin motivo.

DIÓGENES: Mírame a los ojos.

Ella lo ve, con pureza absoluta.

DIÓGENES: Dios te bendiga. (*Le besa la frente.*) Bueno, Ernesto: pues el divorcio se tramitará mañana.

ESTÁNFOR: (*Se levanta y lee, paseándose, con euforia creciente.*) Las circunstancias han cambiado. Si usted mismo demuestra tanto interés, voy a decirle que: no pienso pasar dos años más en su pésima escuela. De los cinco maestros que cubren las 54 asignaturas, no hay uno solo competente, y lo incluyo a usted. La comida es asquerosa y las chinches también. Quiero salir de aquí inmediatamente. Desde mi forzado matrimonio, usted abusa bajándome las calificaciones, humillándome en clase...

DIÓGENES: Tomaré en cuenta sus observaciones para la próxima junta del consejo escolar. Como maestro y como hombre puedo alardear de portarme siempre con honradez. Su aprovechamiento había bajado y así sus calificaciones. Pero hoy casualmente revisé sus exámenes finales: permítame felicitarlo, son excelentes. (*Le da la mano.*) La cita con el abogado es a las once: recuérdelo, Erasto.

ESTÁNFOR: (*Lee:*)... Humillándome en clase y tiranizándome en mil formas. No voy a divorciarme si a cambio no recibo un certificado de preparatoria, y quiero el mejor posible, magna cum laude, y recomendación calurosa para una beca estatal.

DIÓGENES: (*Tras breve duda ante el planteamiento.*) Un momento: usted está tratando... ¿de extorsionarme? Podría pensarse tal cosa.

ESTÁNFOR: (*Asiente, feliz, y Juana empieza a llorar.*) (*Lee, cada vez más contento:*) Si no hay certificado no hay divorcio. No iré al abogado sino al pretendiente y a platicar con todos los compañeros. Haré un escándalo. (*Ríe a carcajadas.*) Y me presentaré públicamente como su yerno.

DIÓGENES *lo contempla. ESTÁNFOR bailotea y se rie. Se sienta triunfalmente.*

DIÓGENES: Pues séalo, mequetrefe. Atrévase y séalo. Cretino. ¡Yo, hacer un fraude por usted! El historial intachable de mi escuela no va a mancharse por causa de esta bruta y menos por la de usted. Salga, grite: diré que es el marido exacto que ella merece, los correré a los dos y yo daré las clases de Juana, lo cual me dejará un sueldito extra, por cierto. ¿Lo ves? Tus culpas nos persiguen. Y pensar que llegué a creer que merecías casarte con un maestro joven, pero insigne y hombre ejemplar. ¡Nunca! ¿Lo oye? ¡Nunca logrará extorsionarme!

JUANA: Grita más, anda, que se enteren los albañiles. Ya lo echaste todo a perder. Había accedido a divorciarse. Pero yo aquí no cuento ni te importo. Quiero que me contestes solamente una cosa, y ya no diré más: ¿Prefieres conservar limpio el historial de tu escuela o hacer la felicidad de tu hija?

DIÓGENES: (*La observa, cambia de tono.*) La felicidad... Que más quisiéramos, conocerla, definirla. Tal vez sea solamente el recto comportamiento, el estar de acuerdo con nosotros mismos y con nuestra verdadera naturaleza. Claro, debemos conocer antes nuestra verdadera naturaleza. Tarea difícil. Yo me siento orgulloso de conocerme. Más evidente que la felicidad será la imagen mía que la posteridad y yo guardemos. Cuando ya seas anciana y te lleguen cartas a la escuela que yo fundé, y leas en los sobres que ya la calle no se llama los Topes, sino que dicen: calle de Diógenes Feria 32; o cuando en algún parquecito humilde, al atardecer, puedas sentarte a la sombra de la estatua de tu difunto padre... me darás la razón.

ESTÁNFOR: (*Sombrío.*) Los árboles dan la sombra, no las estatuas.

JUANA: No sé si entonces vaya a dárte la sombra, pero de ahora en adelante... no te extrañes por nada de lo que suceda. (*Va a salir.*) Y si a Madero le han hecho una estatua tan horrorosa y tan chiquita, ya me imagino qué linda va a estar la tuya. (*Sale.*)

DIÓGENES: ¡Hija! (*Calla, deja caer los brazos.*) ¿Está usted decidido a no presentarse mañana con el abogado?

ESTÁNFOR: Estoy.

DIÓGENES: ¿Sabe que puedo acusarlo por extorsión?

ESTÁNFOR: ¿Con qué pruebas?

DIÓGENES: Con éstas, de su puño y letra.

Va a saltar sobre él para quitarle el cuaderno. ESTÁNFOR arranca la hoja y se la echa a la boca. Mastica.

DIÓGENES: (*Saliendo.*) La conducta es más elocuente que cualquier examen. ¡Está usted reprobado en Ética! ¡Y en Lógica! ¡Y en Introducción a la Filosofía! ¡Y en Etimologías!

ESTÁNFOR: (*Traga.*) ¿En Etimologías por qué?

DIÓGENES: Por su estúpida pretensión de llamarse Estánfor. (*Sale.*)
ESTÁNFOR se desploma bipando en una silla.

OSCURIDAD

CUADRO II

UN RINCÓN DE LA BIBLIOTECA

Entra la señorita CHI cargando diversos libros. Los coloca en el suelo, un buen montón.

EVANGELINA: Puedo entender, en cierto modo, lo que pasa con los dados, o en el juego de la lotería. Todo eso es cosa de números. En cuanto a mí... Nunca podré entender por qué nos rigen las más extravagantes circunstancias y nos suceden cosas completamente ajenas a quienes somos y a nuestra verdadera naturaleza. Parece como... como si el viento, o el vuelo de una abeja pudieran cambiar el curso de nuestras vidas. (*Se sienta en los libros.*) Por ejemplo: esto pasó en mi ciudad natal: una vez un marido enloqueció de celos. Hombre culto y medido, contador público, supo de buenas fuentes que lo engañaba su mujer, con un empleado de teléfonos. El marido contrató entonces un fotógrafo y sobornó al administrador del hotel, un hotel sórdido adonde acuden las parejas furtivas. Allá van, el fotógrafo con la cámara al hombro, y él, de puntitas sobre la felpa desgastada y agujerada y sucia de las alfombras. Allá va él, crispado, con la llave maestra en el puño que le chorrea sudor. Se sobresaltan en la escalera, al contemplarse arriba, en un espejo medio tuerto, y se ven otra vez en el pasillo, entre la bruma sucia de otros espejos, enmarcados en oros descascarados. Ya están ante la puerta indicada. El fotógrafo se ha colocado enfrente. Ah, con qué minucia derrama el polvo de magnesio, y eleva el brazo y se esconde bajo el trapo de luto, como aveSTRUZ de la infamia. La llave gira, se abre la puerta, se escucha el grito de una mujer culpable, un fogonazo, humo... Pero ése no era el cuarto de la esposa. Claro, el marido cerró en seguida, y abrió de nuevo una rendija y por allí pidió disculpas. ¿Qué hacer ahora? ¡Marcharse! ¡No! Si estaba como loco, se quebró dos dientes por tanto rechinárselos. Fue a la siguiente puerta: un grito más, un fogonazo: la afanadora solamente, sorprendida en su rutina de trapear y tender camas. Un cuarto más: una mujer desnuda, en brazos de un teniente que tenía la cachucha puesta. Luego otra puerta, y otra, y otra, se oían los gritos sucesivos y espaciados: hijas de familia, mujeres de la calle, damas que parecían ser madres ejemplares, ¡hasta una abuela estaba allí! ¡No es increíble? Todas vieron la puerta abrirse, y detrás el relámpago y el humo. Dos, ni se dieron cuenta. La esposa estuvo en el decimoquinto cuarto. Salió, tal como estaba, le pegó a su marido y lo arrastró por los corredores, hasta el patio. Una mujer muy impulsiva. El amante se puso los zapatos, rompió la cámara y los dientes del fotógrafo. También le pateó el hígado. Pero el vencido escapó arrastrándose, con las demás placas bajo el brazo, mientras puertas se abrían y se cerraban, y se oían gritos y mujeres lloraban y muchos hombres medio vestidos buscaban con quién pelear. Después... Aquel hombre empezó a vender las fotos que nos tomó. Las vendía en colecciones, y en amplificaciones. Se las vendía a estudiantes y a señores. Hasta hizo copias iluminadas a mano. Algunas, en blanco

y negro, llegaron a nuestras casas. Yo le pagué dinero por destruir la mía, pero ya había sacado varios negativos. Fue tan feo... Alguien le quemó después el laboratorio. Inútilmente: el daño ya estaba hecho. (*Empieza a acomodar los libros.*) Por cierto, el marido y la esposa se reconciliaron. Tienen ya seis hijos... que no se parecen entre sí. (*Sigue acomodando libros.*) Pero yo digo: si fui devota y buena hija y hacendosa. Si me porté muy bien, minuto tras minuto, todos los días del mes... Y solamente, cada quincena si acaso, nada más un ratito... iba yo con aquel señor; un señor muy serio y decente, ya maduro, y tan buena persona... ¡Y tan guapo!... Sólo que era casado, claro. ¿Por qué tienen que ser esos ratitos los que cuentan? Hay gentes malas, ladronas, y aprovechadas, prostitutas... que ocupan altos puestos y que por ahí pasean sonriendo con la cara muy alta... ¿Y yo? (*Piensa.*) Claro, lo que sucede es que yo sí tengo vergüenza, y eso es bueno. Me visto así, muy seria, soy muy decente... Luego se me figura que ni lo creen. Y eso que abandoné mi ciudad y vine aquí, a desaparecer en ésta, que es más grande. Pero el mundo es tan chico: cada esquina está llena de paisanos. (*Sigue acomodando libros.*) Realmente: el mundo es un lugar tan raro...

OSCURIDAD

CUADRO III

LA SALA

Viene INÉSITA de la cocina, muy seria, muy erguida. Viste de oscuro. Se sienta a la pianola. Entra SERAFINA.

SERAFINA: Muy bonito.

INÉS: (*Nerviosa.*) Yo nada más quería conocer la escuela. Está muy grande y tiene... muchos salones.

SERAFINA: Por mí ni se apure. Yo no voy a decir nada. Total, ni es asunto mío.

INÉS: Yo creí que no había ningún alumno.

SERAFINA: Son albañiles, no alumnos. Y límpiese esas manos de cal que trae allí pintadas.

INÉS: Ay, quién sabe dónde me recargué.

Se sacude las nalgas y el pecho del vestido y algunas marcas más.

SERAFINA: (*Detectivesca.*) Usted viene a recibir... clases especiales.

INÉS: Sí, señora.

SERAFINA: Con Juana.

INÉS: Y con el maestro Feria.

SERAFINA: Ah. Y él... cierra todas las puertas para enseñarle, ¿no?

INÉS: Ay, no, señora. (*Curiosísima.*) Que él... ¿da algunas clases muy encerrado?

SERAFINA: Pues... no es asunto nuestro. Pero de todos modos... veo que está aprendiendo mucho.

INÉS: Ya sé tocar...

SERAFINA: Sabe tocar...

INÉS: Varias piezas de piano, y escribo con muy poquitas faltas de ortografía. También me sé la capital de los estados y los ríos que atraviesan por... muchas partes...

SERAFINA: Esas cosas tan útiles que enseñan en esta casa. Pues espérese a que vengan Diógenes o Juana porque están muy ocupados. Los oí en el salón de Ciencias Naturales y daban unos gritos... (*Se rie.*)

INÉS: ¿Qué hacían?

SERAFINA: (*Disimulada.*) Estaban en una clase especial...

INÉS: Y usted... ¿es tía de la maestra Juanita?

SERAFINA: ¿Yo? (*Se instala, le encanta el tema.*) Yo soy una arrimada, yo no soy nadie.

INÉS: Ah, vaya.

SERAFINA: ¡Ni en la sala puedo sentarme! Y yo fui como hermana de la difunta Recareda. Y vi crecer a Juana. Y vi morir a Imelda, su madre, que en Gloria esté. (*Confidencial.*) Yo creo que se murió de desconsuelo.

INÉS: ¿Desconsuelo de qué?

SERAFINA: Vivió quince años con Diógenes.

INÉS: ¿Y usted cree que por eso?

SERAFINA: Niña, no sea curiosa, no indague tanto. Pues murió Imelda y desde entonces esta casa no volvió a ser la misma.

INÉS: ¿No?

SERAFINA: Juana y yo compramos cosas preciosas, y muebles nuevos y ya todo se vio alegre y bonito. Imelda tenía muy mal gusto. (*Confidencial.*) Y era muy bruta.

INÉS: (*Aspira una gran exclamación de escándalo, interesadísima. Recapacita. Pregunta con cierta desilusión:*) Dijo... bruta, ¿verdad?

Empujando la puerta entra LIBRADO. Se aterra al ver a INÉS.

LIBRADO: Vine a entregar las listas y ya me voy.

SERAFINA: Pase, pase, siéntese. Juana y Diógenes tal vez tarden, pero podemos platicar nosotros.

LIBRADO: Bueno, pero... No se vaya. Cuéntenos cosas, mientras. Cuéntenos toda su vida.

INÉS: Yo no veo ninguna lista.

SERAFINA: Yo sí veo una, pero se hace la tonta.

LIBRADO: Creo que mejor me iré. Volveré luego.

Entra DIÓGENES, muy trastornado.

DIÓGENES: No puede permitirse que figure entre los alumnos nadie que tenga un nombre inexistente. Se agregará esa cláusula al reglamento de la escuela. Se expulsará a los que la infrinjan. ¡Y caigan las consecuencias sobre quien caigan! ¿Queremos guerra? ¡Pues habrá guerra! ¡Y que se hunda el mundo entero! (*Ve a Librado.*) Muy buenos momentos escoge para hacer visitas.

LIBRADO: Yo vine... solamente... Pasé y me dije...

INÉS: Vino a traer las listas.

DIÓGENES: Claro, y usted también. (*A Serafina.*) ¿Qué haces aquí aplastada? ¿Contando infundios de nosotros?

SERAFINA: (*Contenta.*) Esperando que me eches, para que te pongas en evidencia. ¿Ven como es verdad? Como a una arrimada. Pero esa pobre infeliz ha de estar dando cada patada en su tumba...

DIÓGENES: ¿Qué pobre infeliz?

SERAFINA: Tu madre.

Sale, muy satisfecha.

DIÓGENES: Tome aquel ejemplar del *Quijote* y cópieme los diez primeros capítulos.

INÉS: Yo le traigo aquí la mesada...

DIÓGENES: ¿Mesada? ¿Hoy? Claro... Obedézcame y copie los diez primeros párrafos. Me encuentro... (*Se toma la cabeza entre las manos*) ligeramente abrumado... Algo abrumado. Pero he aquí al gran amigo y dilecto profesor, que casualmente... Librado, le suplico haga usted uso de sus galas didácticas por una hora y trate de que esta... criatura comprenda las reglas de acentuación. Se lo agradeceré en el alma. Yo... debo atender ciertos urgentes... deberes. Discúlpennme.

Sale, sin advertir los rostros de INÉSITA y LIBRADO.

INÉS se levanta muy satisfecha y se dirige a LIBRADO. *El empieza a retroceder. Ella trata de acorralarlo.*

LIBRADO: Antes de que dé un paso más, debo informarla de lo que pienso. Creo que la pasión es una locura morbosa. ¡Ni sueñe que voy a fomentársela! Novelaría y ociosidad, es lo que tiene usted. O enfermedad orgánica. Piense que el Universo es una obra perfecta, que es una muestra de coherencia tan grande... como un archivo. ¿Cree usted que allí caben las pasiones desordenadas? Yo soy humano, debo por tanto conducirme con razón y cordura, como quien soy. No en balde me he pasado la vida estudiándome, conociéndome. ¿Soy un hombre de sensibilidad y espíritu? Sí. ¿Tengo intereses intelectuales, y económicos? Claro. Pues amaré razonablemente, conforme a éstos. Y ha sucedido así: ya encontré a la persona que en práctica y en teoría resulta mi compañera ideal. Con toda espontaneidad he llegado a amarla muchísimo, ¡muchísimo!

INÉS: ¿Y la otra noche conmigo, qué? ¿Verdad?

LIBRADO: Logró usted arrastrarme a ciertos pequeños excesos intrascendentes. Pero eso no cuenta. No es por esas... minucias, que suceden a veces, por las que se define nuestra verdadera naturaleza. Cuenta lo demás, lo importante. Esos... escarceos no volverán a repetirse.

INÉS: ¿No?

LIBRADO: (*Firme.*) No.

Se detiene y hace amplio gesto para dar énfasis a la negativa. Así que INÉS lo pesca al fin, lo abraza, le mete mano, se le restriega. El está helado de horror.

INÉS: (*Ronca y jadeante.*) Pues aunque tú no quieras, yo digo que sí y sí y sí, ay, papasote, tan sabroso y tan rico...

LIBRADO: ¡Señorita! Una joven decente no debe tratar de despertar los instintos de un caballero. No es buena educación.

INÉS: Ay, cuchumino, qué es lo que no va a repetirse, anda, papi, defiéndete, pégame...

LIBRADO: Ni sueñe que voy a empezar un pugilato con usted; yo no le pego a las damas. Sin contar que sería peor y podría yo trastornarme más.

INÉS: Rorro, muñeco, príncipe, rey... mi rorrín...

LIBRADO: Advierta lo inconcebible de cuanto está haciendo. Esto es de muy baja moral. Recuerde que soy su maestro.

Empezó a desabotonarla, sin cambiar por eso de actitud, como si sus manos fueran independientes.

INÉS: Pues enséñame, anda, enséñame, qué esperas...

Entra JUANA, pero trae un antebrazo sobre los ojos y la otra mano hacia atrás, en gesto trágico. No ve lo que está ocurriendo: se sienta en el tú-y-yo de espaldas a los otros. INÉS corre a la mesa a escribir y él trata de arreglarse la ropa, que tiene ya en total desorden. INÉS se arregla el pelo y trata de abotonarse.

JUANA: No me vea, dulce amigo, no contemple mis facciones o tal vez caería la máscara y mi verdadero, trágico rostro asomaría, deslumbrado por la dulce luz que sus ojos vierten.

LIBRADO: Acabo de llegar... ¿Le avisó Serafina? Ha sido un día tan caluroso...
Más bien fresco, ¿verdad?

JUANA: Escuche ahora un caso humano pero cierto, digno de una novela. Una joven... bueno, una joven ya madura... trabaja en una institución... parecida a ésta. Ella y un joven se aman, se idolatran. El también trabaja allí. Pero, sin que ambos lo sepan, el Destino prepara jugarretas: va a impedirles el matrimonio. Ellos deciden ser más fuertes que el Destino, fugarse juntos aunque venga el escándalo. ¿Qué me dice, Librado? Respóndame.

Mientras, INÉS no logra abotonarse. Pide por señas a LIBRADO que la ayude. El lo hace, aterrado, pero le provoca cosquillas con los dedos. Ella emite una risita. JUANA aboga una exclamación y lentamente se vuelve. LIBRADO ya está en el otro extremo, INÉS escribe.

INÉS: Estoy copiando una égloga muy chistosa.

LIBRADO: Me hablaba usted... ¿de una novela?

JUANA: Claro. Novela. Es... de la misma autora que... *Los Caprichos de Chuchette*.

LIBRADO: Me extraña entonces que haga usted tales lecturas.

JUANA: Voy a... pienso ayudar a mi padre escribiendo reseñas bibliográficas. El no lo sabe aún. Y quería yo su opinión.

LIBRADO: Ah, bueno. Pues es obvio que las instituciones son más importantes que las personas. No puede haber ya interés del lector, ni simpatía, para la repulsiva pareja que se atreve a ignorar esto. Después, con un escándalo detrás, ¿cómo va nadie a vivir? Esa novela es disolvente y corruptora.

JUANA: (Lóbrega.) Eso mismo pensé.

Entra SERAFINA.

SERAFINA: Pues, por mis pistolas, yo les traje café, porque en esta casa nadie tiene la delicadeza de ofrecerlo.

JUANA: No me dijiste que estaba aquí esta niña.
SERAFINA: ¿No? Pues como hoy es el día que le toca venir...
INÉS: (*Muy ingenua.*) Esa novela la emocionó mucho, ¿verdad, señorita?
JUANA: ¿Qué te hace pensar eso?
INÉS: Que tiene los ojos rojos y la cara con rayones de pintura, así que ha de haber llorado mucho.
JUANA: Estás en un error, no he llorado.
INÉS: (*Siempre infantil.*) Entonces ha de ser que ya no ve bien para pintarse...
JUANA: Fuera.
INÉS: ¿Eh?
JUANA: Fuera.
INÉS: Ah, le traje la mesada. Y dice mi mamá que muchos saludos afectuosos.
JUANA: Dámela. (*La recibe. Cuenta el dinero, lo guarda en el seno.*) ¡Ahora, fuera! (*Gran gesto.*)
INÉS: No he terminado mi... (*Calla. Recoge sus útiles. Va saliendo muy escurrida. Empieza a aullar y sollozar.*) ¡Le voy a decir a mi mamá que me corrió usted! (*Sale.*)
SERAFINA: (*Canta.*) Con tenue velo la faz traídora, camino al templo la conocí...
(*Sale con el servicio.*)

JUANA: Perdón, Librado, perdón. Qué espectáculo he dado. Creo que estoy muy alterada. Le ruego que espere aquí cinco minutos, mientras me... (*Se ve en un espejo.*) recuperó. Debo... aspirar sales, y... reposar levemente... Por favor, espéreme... ¡siempre!

Sale.

LIBRADO se sienta en un rincón, inmensamente perplejo y triste.

LIBRADO: Pienso a veces... si no será la realidad menos coherente de lo que yo creo...

OSCURIDAD

CUADRO IV

UN RINCÓN DE LA BIBLIOTECA

Entran DIÓGENES y EVANGELINA componiéndose la ropa. Ella, sin lentes y con el pelo en desorden, empieza a hacerse el chongo.

DIÓGENES: Volvió a caernos encima la enciclopedia.

EVANGELINA: (*Con la boca llena de horquillas.*) No: fueron los atlas.

DIÓGENES: ¿Los qué? ¡Evangelina! ¿Te está naciendo bigote?

EVANGELINA: Son mis horquillas.

DIÓGENES: Ah, me alegra. La faldeta salida... el chaleco mal abotonado... Creo que ya estoy. La corbata en su sitio... ¡Ah, la Pasión, eje del mundo, fuente de los suspiros, brillo del sol, impulso de las olas! ¡Bésame!

La abraza de golpe, la besa en la boca.

¿Cuándo rayos vas a quitarte ese hocico de puercoespín?

EVANGELINA: ¡Te dije que tengo aquí las horquillas!

DIÓGENES: Me atravesaste el paladar. Y los labios. Ten. (*Se saca una de la garganta, se la devuelve.*) Deberías dejarte el pelo suelto. Y no usar lentes.

EVANGELINA: No puedo. Tengo un pasado.

DIÓGENES: ¡Ah! ¡Evangelina! ¡Yo quisiera redimirte, darte mi nombre!...

Pero la Institución, la Institución... la Posteridad... Yo soy hombre de temple: yo, personalmente, cara a cara, puedo plantarme ante la sociedad y decirle: ¡lancen la primera piedra! Pero tal vez le dieran a la Institución. Y esa sí es más que yo. ¡Más que la dicha!

EVANGELINA: (*Desabrida.*) Sí, me imagino. Siempre hay alguna institución que les impide redimirme. Gracias de todos modos.

DIÓGENES: ¿No me crees?

EVANGELINA: Sí, como no.

DIÓGENES: No me crees. Ven, siéntate en estos libros. Como a una hermana, voy a contarte lo que sucede en mi casa, lo que nadie supone. Ven. No sé qué hacer. (*Se sientan en sendos montones de libros.*) ¿Sabes lo que es tener por hija una gallina vieja?

OSCURIDAD

CUADRO V

UN RINCÓN DE LA COCINA

JUANA *en un banquito.* SERAFINA *en una silla.*

JUANA: Es tan raro el amor...

SERAFINA: Dímelo a mí...

JUANA: Yo no creo que la vida sea una fiesta. Yo estoy segura que debe ser una cadena de días iguales, de obligaciones y compromisos, de trabajo, de responsabilidad... Eso me han dicho siempre y yo lo creo. Podemos de vez en cuando tener algunas diversiones muy pálidas, para volver después a lo mismo. Estoy segura que así es. ¡Pero yo pensé siempre que iba a pasar algo muy grande! Como aquel carnaval, como un gran baile de disfraces, como un paseo en lancha donde todos los hombres son guapos y traen guitarra y cantan bien. No lo pensé muy claramente, sólo que lo esperaba yo, de algún modo, como si me dijeran al oído: "¡Ya va a empezar el circo! ¡Ya vienen los milagros!" Y nada... Llegué a perder las esperanzas. ¡Y apareció Librado! ¡Ahora sí!, dije... Pero entonces, estoy amarrada al renacuajo aquel.

SERAFINA: Ese Librado... se me figura lo menos parecido a un circo...

JUANA: Ay, tú nunca ves nada. Tan grandote, tan guapo, tan... ¡Ay, nana, se me aflojan las corvas de imaginarlo!

SERAFINA: Mi marido era así. Se fue con una tiple. (*Le da risa.*) El chasco que se habrá llevado la pobre. Si supieras, en cambio, tenía yo un compadre chiquito así, muy... Pero no estás en edad de oír ciertas cosas.

JUANA: Ay, nana, tú sabes mis años.

SERAFINA: Mira los míos, y más me vale no pensar mucho en ciertas cosas, ni recordarlas.

JUANA: Es tan rara la edad... Es como un baile de disfraces del que no nos salimos a tiempo. Ya amaneció, ya se ve todo deslucido, las mesas sucias y el confeti mojado y pisoteado. La ropa está sudada y con manchas, los borrachos tirados en los rincones... Pero ahí seguimos bailando y queriendo convencernos de que la orquesta no desafina, y de que todavía no tenemos sueño, y de que es igual todo a cuando tocaron el primer vals. En el fondo, yo me veo siempre como una jovencita, siento que se verá gracioso si doy saltitos y hago monerías... ¡Y de repente, hay un espejo allí! Y a mis amigas les digo "las muchachas", después las veo, ponzonas, canosas, llenas de hijos... ¡Yo no, yo no!, grito en seguida. Corro al espejo, me pinto el pelo, me pinto cuanto puedo, me hago de amigas jóvenes, porque las otras me aburren... Pero ya se acabó el baile de disfraces, ya la ropa me aprieta, los pies me duelen, tengo sueño...

SERAFINA: A cada edad le tocan sus fiestas especiales, pero hay que saber probarlas y saborearlas a tiempo. La vida es como un banquete muy bien organizado, sólo que empieza por los postres y termina en la sopa. No te vas a pasar los años llenándote la panza de postres.

JUANA: ¡Eso me gustaría tanto! ¡Son tan ricos los postres!

OSCURIDAD

CUADRO VI

UN FRAGMENTO DEL SALÓN DE CLASES

ESTÁNFOR, sentado junto al esqueleto. Un esquema botánico al fondo.

ESTÁNFOR: (Lee:) Tengo casi veinte años; si fuera franco escribiría algunos menos, pero me hago ilusiones de llegar pronto a los veinte. No se puede hacer nada, todo el día piensa uno en una sola cosa, y es la que menos a menudo puede hacerse. Todo está por llegar, y ya se fue la infancia, que tampoco era ninguna delicia. Me paso el día esperando. Para escribir, no he madurado. Para cualquier mujer, no he madurado. Dicen que les encanta la fruta verde, pero no es cierto. ¿Por qué no vienen todas, galopando como yeguas? ¡Mírennos, aquí estamos, maullando en las azoteas, flacos y ansiosos como gatos! Es mentira, no vienen. Y cuando acaso alguna vez... Más nos valiera no haber leído novelas: hay muchísimas diferencias. Luego me casan por la fuerza, para dejarme sin mujer y entre ella y yo pasaron cosas tan humillantes y bajas que nada en el mundo podrá borrarlo. De todos modos, mi esposa es bruta y vieja. Aunque me encantaría tenerla en este catre todos los días, varias veces al día. A ella o a Theda Bara. Pero estoy, por desgracia, lleno de sentimientos delicados y tiernos. Es porque voy a ser artista. Soy modesto: me digo "voy a ser", no me digo "soy". Siempre me han asegurado que estoy lleno de dignidad y de modestia. Todos lo notan. Ojalá no vaya yo a echarme a perder. ¡Es un asco mi edad! Pienso con ansia en la vejez, en el reposo de haber cumplido 30 años y peinar canas. Pero no quiero seguir en esta escuela, o voy a embrutecerme y a envilecerme. Quizá me fugue. Más vale andar de vagabundo. Dicen que las miserias fortalecen el espíritu. Aunque yo creo que ya lo tengo bastante

fuerte. (*Suspira.*) Llevar un diario es una gran estupidez. ¡Pero con *algo* hemos de alimentar a nuestro yo!

Escribe furiosamente.

OSCURIDAD

CUADRO .VII

Todos seguirán sentados, como al final de los cuatro cuadros anteriores. La luz irá descubriendo las áreas.

Vemos primero:

LA BIBLIOTECA:

DIÓGENES: ¿Qué voy a hacer? Y todo esto cuando me encuentro a un paso de la posteridad, cuando debo empezar a convertirme en bronce...

EVANGELINA: Nunca se sabe lo que va a sucedernos. Y más vale no abrir de golpe ninguna puerta. Hay cada sorpresita...

DIÓGENES: Yo digo: soy un maestro que a menudo califican de ejemplar, aunque me esté mal el decirlo, y soy un hombre recto y estoy dotado para educar a la juventud, eso lo sé, ¿cuántas generaciones no han salido de mis manos, y en qué estado? ¿Por qué, entonces, nunca he tenido idea de lo que pueda hacerse con mi hija?

El área queda iluminada.

LA SALA:

Luz al sofá, el resto a oscuras.

LIBRADO: Tengo casi treinta años y es un momento decisivo: soy ya un maestro respetable y estoy cerca de la madurez. Si no me comporto como quien soy, lo voy a lamentar toda la vida. (*Pausa.*) ¿Y quién soy?

El área queda iluminada.

LA COCINA:

SERAFINA: Parece mentira que enojarse pueda gustar tanto, y decir cosas maligñas. Entre más le grito a la gente, más satisfecha me siento. Ha de ser el placer propio de mi edad. También me encanta platicar mucho, aunque no me hagan caso. Ya pueden poner cara de fastidio y tratar de irse, al fin que ni cuenta me doy. Por eso quiero mucho a Estánfor: sabe escucharme con tantas ganas mientras come...

El área queda iluminada.

EL SALÓN DE CLASES:

ESTÁNFOR: (*Lee:*) La loca de Ofelia dijo que sabemos lo que somos pero no lo que seremos. Exageraba. No tenemos ni la menor idea de lo que somos.

El área queda iluminada.

SERAFINA: Y si ya estamos viejos... pues hay que darnos algunos gustos y placeres. Aunque a veces no es fácil saber lo que nos da verdadero gusto.

JUANA: Pues si Librado no es un circo ya nada lo será. Uno sabe muy bien cuando se encuentra frente a su *última* esperanza. Si no hay Librado, ya no habrá nada. Porque a mí no me gustan las iglesias, ni dar clases, y no me gusta enojarme, y tampoco me gusta ser escritora famosa, que bien puedo serlo. Qué

chiste tiene: nomás escribes cuanto te venga a la cabeza y alguno lo publica y la gente se pone a leerlo. Ha de ser que la gente no sabe imaginar cosas, pero las imaginaciones a mí me sobran. Yo quiero... que todo *me suceda* a mí. Como aquel carnaval...

EVANGELINA: La fama es como el humo. Pensar que a muchos les ilusiona ver su retrato en todas partes, y que la gente lo guarde y lo enseñe... Lo que pasa, que siempre he sido una mujer triste y nunca me ha ilusionado nada.

ESTÁNFOR: Y en derredor sólo hay espejos de feria, que nos deforman. El caso sería andar con el rostro desnudo...

DIÓGENES: La cultura nos da recovecos amenos... como este rinconcito de la biblioteca. Y sin embargo...

ESTÁNFOR: Tal vez quedarnos quietos, quietos, y observarnos, hasta saber... Pero, ¿adónde hay espejos que nos enseñen los verdaderos rostros?

Abora, en crescendo:

DIÓGENES: Si yo tuviera los bríos de mi juventud, si no me doliera el esqueleto por las noches...

SERAFINA: Si no me diera el asma, si no se me llenaran de ceniza las arrugas...

JUANA: Si tuviera yo la cintura como en aquel carnaval. Ya no puedo soltarle al vestido más costuras, y todavía me aprieta...

ESTÁNFOR: Si ya hubiera alcanzado las cumbres del estilo, y así pudiera ya conocer a los demás, y a mí mismo...

EVANGELINA: Si fuera ya una vieja de esas que nada les importa, o fuera una muchacha de esas que nada les importa...

LIBRADO: Si ya en mi escalafón alcanzara suficientes derechos...

TODOS: Pero el problema está en ser como soy.

JUANA, DIÓGENES y ESTÁNFOR: Soy especial, soy único(a).

TODOS: Pero el problema está en mi edad.

JUANA, DIÓGENES, EVANGELINA y ESTÁNFOR: Pero el problema es que me pasan cosas extraordinarias...

LIBRADO y SERAFINA: Aunque de nada sirve ser común, ser como todos.

Abora, ralentando, van levantándose al hablar, viendo al frente:

LIBRADO: ¿Cómo encontrar...?

ESTÁNFOR: ¿Cuál es el gesto...?

JUANA: ¿Encontrar qué?

DIÓGENES: ¿Con qué conducta...?

LIBRADO: ¿Cómo llegar a...?

SERAFINA: ¿No hay nada más?

EVANGELINA: ¿Cómo olvidarse de...?

Pausa. Se apagan las áreas, una a una.

OSCURIDAD

TELÓN

ACTO TERCERO

CUADRO I

LA SALA

Anochecer. JUANA y LIBRADO

LIBRADO: (*Lee el periódico con entusiasmo.*) "Y no olvidemos los defectos que fueron ya señalados al comentar la primera edición: ¿cómo un patán podría codearse con los marqueses de Sadi Carnot o con don Luis de la Reforma? El retrato de la familia Insurgentes no puede ser más confuso; en cuanto a los jóvenes Tacuba, escasos rasgos de ingenio podemos encontrarles. La señora San Cosme es un franco, asqueroso caso de libertinaje. Y es grave que los nombres de estas familias suenen tan conocidos. Ojalá que no estemos ante difamaciones a personajes reales. Así, la nueva edición de *Los caprichos de Jesuita*, que no la llamaremos por el bárbaro nombre de Chuchette, está aumentada pero no corregida. Más libertina aún, más francamente procaz, amerita el rechazo de todas las librerías respetables." ¡Qué buen artículo! "Sería indicado y justo retirarnos con asco moral de aquellos comercios donde se exhiba este producto tan poco literario; abundemos aún..."

JUANA: Ya sé todo lo que sigue. Lo escribió desde la vez anterior.

LIBRADO: Es un escándalo. ¡Dos ediciones! Cientos de ejemplares consumidos en tan poco tiempo. ¡Y sigue vendiéndose mientras *El Quijote* duerme en los estantes! No es posible permitir eso. Apruebo totalmente la actitud de su padre. Es más, yo propondría perseguir a autora y a editores judicialmente, por delitos de obscenidad, calumnia y disolución social.

JUANA: (*Muy incómoda.*) ¿Y ya leyó el libro?

LIBRADO: Me basta con la opinión de su padre.

JUANA: ¿A usted le gusta el circo?

LIBRADO: ¿El...? ¿Cómo, por qué?

JUANA: No, por nada. Le preguntaba... porque sí.

LIBRADO: Pues... el circo... Leones en los trapecios, caballos en patines, mujeres que montan de cabeza, no le veo nada de extraordinario, siempre es lo mismo. Sin contar con la vulgaridad de los payasos.

JUANA: Ah.

LIBRADO: Si el Universo es, en verdad, un sitio serio y concienzudo, ¿quiere decirme entonces, los circos, qué tienen que ver?

JUANA: No, yo preguntaba por... (*Calla.*)

LIBRADO: Volviendo a esa novelita: no apruebo que usted la haya leído. Claro que está formado ya su intelecto, pero ¿por qué ofenderlo?

JUANA: Y usted... (*Calla, se muerde los labios, baja los ojos.*)

LIBRADO: ¿Sí? Dígame.

JUANA: (*Ilusionada.*) ¿Le puedo preguntar algo? ¿Algo... muy personal?

LIBRADO: Claro, naturalmente.

JUANA: (*Se arriesga.*) ¿Y usted qué vicios tiene?

LIBRADO: (*Sofocado.*) Juana, esa pregunta... (*Baja la cara.*) La contestaré, sin

embargo, con absoluta franqueza. Sólo un vicio, que es muy natural a mi edad... y en mi excelente estado de salud: fumo.

JUANA: Ah.

LIBRADO: Pero pienso corregirme.

JUANA: Sí, claro.

LIBRADO: Volviendo al libro: esa mujer, Chuchette, comete excesos, depravaciones, locuras... ¿Cómo va a terminar siendo feliz? Debería acabar sus días en un hospital, o en la cárcel.

JUANA: A mí me encantan las joyas.

LIBRADO: ¿Las... joyas?

JUANA: Me encantaría tener ocho brillantes en cada dedo, que mi cuello chorrara perlas como el de una sirena, y tener para el pelo bandas de piedras preciosas, que centellearan con el sol, para verme en la calle con la cabeza chisporroteando luces verdes, o rojas, o azules. Colgarme cuatro aretes en cada oreja y llenarme los tobillos y los brazos con pulseras, esclavas, monedas y colgadíjos, que al pasar yo se oyera como un estruendo de fantasmas arrastrando cadenas de oro.

LIBRADO: Bromea, ¿verdad? Porque sería un tanto... vulgar. Y llamativo. No hay posición mejor que el justo medio.

JUANA: ¿No sabe usted bailar?

LIBRADO: Bueno, sé dos pasos: uno adelante y otro atrás.

JUANA: Me encantan el *fox-trot*, y el *two-step*, y el tango.

LIBRADO: Que deberíamos llamarlos el trotar de la zorra, el dos pasos y el tengo. He visto el diccionario y no hay por qué usar nombres extranjeros. Tal vez debería yo escribir un artículo reforzando el de su padre. Enumerar las librerías donde nadie debe pararse a comprar. Esa fue idea de don Diógenes. Excelente idea.

JUANA: Aquí siempre hay calor, pero en la noche podría una ponerse pieles y recorrer la avenida principal, con una sombrilla de encajes en la mano. Después de todo... la fama autoriza a ciertas cosas. Espero que no lo asuste la fama.

LIBRADO: La Fama, cuando es legítima, trae aparejadas la Modestia y la Humildad. La verdadera Fama está rodeada de tinieblas.

JUANA: En realidad, no en las novelas, si tuviera *usted* que elegir entre ser director de la escuela o huir muy lejos, a correr aventuras con la mujer amada: ¿qué escogería?

LIBRADO: ¡Eso no se piensa siquiera!

JUANA: (*Feliz.*) ¿Verdad que no? ¡Ah, la admirable comunión de las almas!

LIBRADO: (*Indulgente.*) Don Diógenes tiene razón: las mentes femeninas propenden a ser caóticas.

JUANA: Tengo tantos proyectos y tantos secretos que comunicarle... ya ni sé por dónde empezar. Tal vez lo más importante sea confesar algo. Verá...

Ruido en la cerradura. Entran DIÓGENES y EVANGELINA CHI. DIÓGENES los ve, trae una carta en la mano. Da vueltas por la habitación, bufando y rugiendo. EVANGELINA cierra y queda de pie en un rincón.

LIBRADO: Buenas noches.

DIÓGENES *ruge y bufa.*

LIBRADO: Lo veo... algo trastornado.

DIÓGENES: (*A JUANA.*) Tú... (*Ruge.*) Tú... (*Bufa.*)

Da más vueltas.

JUANA: Eso me imaginé que iba a pasarte. Pero te lo advertí, que no te extrañaras.

DIÓGENES: Lea, señorita, lea. (*Da la carta a EVANGELINA.*) Lea en voz alta.

LIBRADO: Creo... que debo retirarme. Encantado de verla, Juana. Señorita, a sus pies.

DIÓGENES: No se vaya. Tiene derecho a saberlo. Este joven, Juana, este hombre... Ha pedido tu mano.

LIBRADO: Así, tan de repente... Juana, es verdad, aspiro a...

JUANA: ¡Sí, Librado, sí, tenga!

Se limpia la mano con un pañuelito de encajes y se la da. El la besa.

DIÓGENES: Que sepa, pues. Que lo sepa todo.

JUANA: Empezaba yo a decírselo cuando llegaste. Pero pensamos al unísono y estamos de acuerdo en todo.

DIÓGENES: ¿Sí? Lea, señorita, lea.

EVANGELINA: "Muy estimado profesor Feria: Va la presente..."

DIÓGENES: Sepa, Librado, que quien firma esta carta es... el editor... ¡de *Los caprichos de Jesusa!*

JUANA: (*A la francesa.*) Chuchette.

DIÓGENES: ¡Ese nombre no existe en castellano! Lea.

EVANGELINA: "...para felicitarlo por sus brillantes artículos comentando el libro *Los caprichos de...* esa persona. A sus vigorosos ataques debemos, en buena parte, las extraordinarias ventas..."

DIÓGENES: Cínicos. Mercachifles del pudor.

EVANGELINA: "Preparamos una tercera edición y creemos que está excediéndose su actitud al querer boicotear las librerías que vendan la novela."

DIÓGENES: ¡Esa palabra no existe, boicotear! ¡No quiere decir nada!

EVANGELINA: "Le rogamos que se modere y esperamos que lo haga cuando sepa el verdadero nombre de Estrella del Valle, la autora. Se llama Juana Feria y a petición suya..."

DIÓGENES: Anfibologías, barbarismos. Tus editores, oyelos cómo escriben. Energúmenos.

EVANGELINA: "A petición suya (*Señala a JUANA.*) descubriremos su verdadera identidad desde la susodicha tercera edición. Por tanto le sugerimos trate de dar un giro más indulgente a sus..."

DIÓGENES: Basta, Evangelina. Señorita, gracias. Así, hija, que tú has escrito esa cloaca. Y vas a firmarla con mi nombre.

JUANA: ¡Con el mío!

DIÓGENES: ¡Es el mío! ¡Vas a manchar mis canas! ¿No sabes lo que quiere decir

Feria? Seriedad intelectual, respetabilidad, enclaustramiento, pedagogía. ¿Qué pretendo que signifique ahora nuestro nombre?

JUANA: Papá: debo ganarme la vida... Y tendré que ser famosa para que se me perdone lo irregular de mi futura conducta. La celebridad permite vivir en formas menos... rígidas. Yo ni quería ser escritora, pero... ya ves. Nunca sabe uno en lo que va a acabar. ¡Me he ganado ya más de doscientos pesos! Hasta terminé otra novela, se llama *Las veleidades de Lupette*. Cuando aparezca, mi amado y yo no estaremos aquí.

DIÓGENES: ¿A quién llamas tu amado? ¿Al marido o al novio?

JUANA: Librado, se me olvidaba decirte que soy casada, pero... no importa. Cuando nos fuguemos podrán acusarme de abandono de hogar y se consumará el divorcio. Lo he pensado todo. Tendremos que vivir una vida deslumbrante, no habrá más remedio. Tal vez tú puedas volverte pintor, o escultor.

LIBRADO: Juraría que cuanto está sucediendo es real. Qué sueños más vívidos tiene uno a veces. (*Se palpa.*)

DIÓGENES: ¿Fugarse quiénes? ¿Este hombre y tú?

Sacude a LIBRADO por las solapas.

LIBRADO: Pero esto no es un sueño. Es... la locura. Señorita, ¿qué le pasa? ¡Nunca me fugaré, con nadie! Yo soy un hombre honrado. ¿Dijo que era casada?

DIÓGENES: Es casada. Con un niño anormal de doce años.

JUANA: Dieciocho bien cumplidos, papá. Me casé con Estánfor. ¡Me casó él, a fuerza!

DIÓGENES: Sí, la casé con Ezequiel, qué vergüenza, con ese perpetrador de ripios.

LIBRADO: Casada, con Ezequiel y con Estánfor... Bígama. Me zumban los oídos. ¿Quién está apagando la luz? (*Se desmaya.*)

EVANGELINA se acerca a verlo.

EVANGELINA: Creo que le dio un infarto. Así les pasó a mis padres cuando me vieron retratada. (*Empieza a llorar.*)

JUANA: ¿Qué quieras que haga? Tengo derecho a ser feliz. (*Llora.*)

DIÓGENES: Me arruinaré. Hipotecaré la escuela. Comprará la nueva edición íntegra. La quemaré. Comprará todos los ejemplares publicados: los quemaré. Será como si el libro no hubiera existido nunca.

JUANA: Es inútil. Lo mandé a todas las bibliotecas.

DIÓGENES: ¡¿A TODAS?!

JUANA: Me dieron muchos ejemplares para mí, por ser autora. Y no podía regalarlos a los amigos. Los mandé a las bibliotecas de aquí.

EVANGELINA: Vi que llegó éste. Aquí está. Ya destruí la tarjeta.

DIÓGENES: ¡Has mancillado los templos del saber! ¿No tienes respeto acaso? ¿Cómo te atreves a enviarlo a las bibliotecas? Podías haber hecho todo, menos eso. ¡Bóvedas de silencio y cultura! ¡Almacenes de la conciencia humana! ¿No te merecen respeto, acaso, los sagrados recintos? ¿Qué horas son? ¡Las bibliotecas cierran a las nueve! ¡Apenas tengo tiempo! Necesito su fiel ayuda, Evangelina. ¿Cuántas bibliotecas tenemos? ¡Esta ciudad es tan culta! La Municipal... la del Estado... la Justo Sierra... la Federal... Ah, tenemos tiempo apenas. Venga y ayúdeme, se lo ruego.

EVANGELINA: ¿Qué piensa usted hacer?

DIÓGENES: Algo desesperado, indigno, peligroso. Algo para atajar los aludes de lodo que amenazan ahogarme. ¡Vamos! (Sale.)

EVANGELINA: Buenas noches... (Va saliendo. Se regresa de puntitas. En secreto:) ¡Me gustó tanto su novela! Quiero que me la dedique.

JUANA: (Llorando.) Con mucho gusto. (Va al escritorio y la dedica.)

EVANGELINA: (Feliz.) "Para mi dilecta amiga, Evangelina Chi, con el aprecio de la autora." ¡Gracias!

DIÓGENES: (Se asoma.) ¡Evangelina!

Ella sale corriendo tras él.

LIBRADO: (Se incorpora.) Señora: olvide por favor cuanto haya ocurrido entre nosotros. (Sale.)

JUANA se sienta, sollozando.

JUANA: Es el primer autógrafo que doy. Siempre me lo habían dicho, que la fama era un licor amargo. ¡Y yo ni quería ser famosa!

OSCURIDAD

CUADRO II

LA COCINA

Noche. Gallos lejos. Diógenes ante el fogón. El viento le lanza encima nubes de chispas y ceniza. Está tiznado y sucio.

DIÓGENES: Cantan gallos. O va a cambiar el tiempo o se acerca el amanecer. El sol verá mi ruina. Un ídolo con pies de barro, eso era yo. Veo arder el penúltimo de los libros. ¿Qué objeto tiene ya? ¡Todo perdido, todo! El honor, en primer lugar. ¡Escándalo! El dedo del Destino, hurgándose las tripas como los buitres a Prometeo. Qué retortijones siento. El coraje, claro. La vergüenza. Qué tragedia, digna del genio de Esquilo. Podría yo arrancarme los ojos... Aunque eso ya sería Sófocles. (Llama.) ¡Serafina! ¡Serafina! Un libro más a la hoguera. Y mañana los periódicos dirán todo. ¡Aah! (Ruge y se mesa el pelo. Vuelan cenizas.) ¡Que se cubran de ceniza mis cabellos! Tal vez tenga que cerrar la escuela.

Entra EVANGELINA.

EVANGELINA: Ahora sí, terminamos. Se nos habían olvidado la biblioteca Ramírez y la chiquita que está en el parque. Aquí están. (Trae dos libros.) Por poco me pescan en la del parque, al ir saliendo, pero escondí el tomo en el seno y cuando quisieron registrarme fingí indignación. Me tardé porque fui a cenar. Ten, quémalos. Está abierta la puerta de la calle.

DIÓGENES: Todo inútil, déjame solo, que no te alcance el rayo.

EVANGELINA: ¿Qué sucedió?

DIÓGENES: Me pescaron a mí. En la biblioteca Justo Sierra. Me acusaron de robar libros pornográficos. ¿Y podría yo explicar acaso que son escritos por mi hija? Le pegué al bibliotecario, luchamos como leones. Mira, me arañó la nariz y me arrancó la manga del saco. Llegó la policía, un escándalo público. Después, me retrataron los del periódico. ¿Te das cuenta? Mi bronce, mi pe-

destal. "Profesor que robaba libros pornográficos en la Biblioteca Justo Sierra", me parece leerlo. Mañana... todos me señalarán con el dedo. (*Llama.*) ¡Serafina! Esa mujer no viene. Necesito más té de boldo. ¿Por qué me pasa esto a mí, un profesor venerable? ¿Qué tengo yo que ver con todo esto?

EVANGELINA: Hay agua hirviendo, yo puedo hacer tu té. Pobrecito... te lo he dicho, todo cuanto nos pasa, nunca tiene que ver con lo que realmente somos.

DIÓGENES: ¡Tal vez se sepa todo: el matrimonio clandestino, todo! Porque la falsificación es el precio del secreto. La extorsión... ¿Sabes qué voy a hacer? Descenderé un peldaño más. Eso haré.

EVANGELINA: (*Feliz.*) ¿Te casarás conmigo?

DIÓGENES: No, otro peldaño, no ése. Nunca podría otrecerme ya mi nombre, tan manchado, tan lleno de oprobio...

Quema los otros dos libros. EVANGELINA medita.

EVANGELINA: (*Gran idea.*) Diógenes: ¡yo te redimiré! Me casaré contigo y haremos frente al escándalo.

DIÓGENES: Gracias, te lo agradezco, mucha nobleza tuya, pero...

EVANGELINA: ¿No ves? Dirán que es por mi causa. "Claro, se ha casado con ésa", dirán. Y yo les haré frente. Que me culpen de todo. Van a odiarme. A ti, van a tenerte una severa y digna compasión.

DIÓGENES: (*Muy escéptico.*) ¿Tú crees?

EVANGELINA: Voy a quitarme los lentes, y este chongo. (*Se suelta el pelo.*) Y me voy a comprar vestidos muy bonitos, ¡escotados! ¡estrechos! En el fondo, mi carácter no es tan severo. Yo puedo ser una mujer muy alegre.

DIÓGENES: No... no te precipites. Hay que pensar. Tal vez deba cerrar la escuela por unos meses, ¿no crees?

EVANGELINA: Lo pensaremos detenidamente. Hay que cuidar mucho nuestra escuela. Ya está tu té, bébelo.

Entra JUANA.

JUANA: Ay, papá, yo no creo que todo eso pueda ser cierto.

DIÓGENES: No me digas nada, todo es por culpa tuya.

JUANA: ¿De veras le pegaste a un pobre viejecito? ¿Un bibliotecario de ochenta y seis años? ¿Y te llevaron a la comisaría? No, ¿verdad?

EVANGELINA: Figúrese. Todo eso pasó.

JUANA: ¿Cómo va a ser?

DIÓGENES: Ese gorila me arañó, pero no queda un solo libro tuyo para que lo presten él o sus colegas. Uno a uno los fui sacando. ¡Qué precio tan caro vine a pagar!

JUANA: ¿Sacaste los seis libros?

DIÓGENES: ¿Seis? ¿Cuáles seis?

JUANA: Yo mandé seis a cada biblioteca.

DIÓGENES se ahoga, escupe el té, queda sin habla, manoteando.

EVANGELINA: ¡No le vaya a dar un infarto! (*Lo palmea, le da aire.*)

JUANA: Me hubieras preguntado, yo te habría dicho. Ay, papá, no abras así la boca ni peles tanto los ojos, que siento muy feo.

EVANGELINA: (*Modosa.*) ¿A usted... le sabría mal qué fuera yo... su madrastra?

JUANA: No sé, no se me había ocurrido. (*Entiende.*) ¡Ay, papá! ¿Vas a casarte?

DIÓGENES: Cinco... quedan cinco en cada una... Y yo... ¡retratado! ¡En los periódicos!

EVANGELINA: Es tan horrible que nos retraten...

JUANA: Vino Librado y te dejó dicho que renunciaba. El me contó lo que hiciste, se enteró por sus vecinos. También terminó conmigo, por segunda vez. Tal vez debemos irnos de aquí...

DIÓGENES: La muerte civil, con sudario de escándalo.

JUANA: Si los periódicos no salieran, o hubiera un terremoto, o algo... ¿Qué horas son?

EVANGELINA: Es tardísimo. Yo cené y me dormí un ratito. Luego vine para acá.

DIÓGENES: Dile a Eugenio que venga, debo hablarle. Tú, dame tu mano, serás mi báculo. Vamos a la dirección de la escuela, a los mandos del barco que se hundió. ¿Renunció Librado, dices? Es natural, un hombre recto... Yo era su ejemplo. Como mi hijo... perdido.

JUANA: ¿Para qué quieres a Estánfor?

DIÓGENES: Ese nombre no existe. Háblale a Esiquio.

Sale JUANA.

DIÓGENES: ¿Tú crees que un poco de... esparcimiento podría levantarme el ánimo?

EVANGELINA: (*Pudica.*) Yo creo que te haría mucho bien.

Salen EVANGELINA y él.

Entra SERAFINA, en camisón, chal y chanclas.

SERAFINA: He de estar loca. Oigo que me llaman a gritos y no hay nadie. Soñaba cosas tan agradables... Estaba yo desnuda. Era un lugar... muy grande, y estaba yo desnuda delante de unos ángeles. Me moría de vergüenza, tan vieja y arrugada, pero ellos ni me veían, de ocupados que estaban con un montón de libros y expedientes. Luego encontraron mis papeles y empezaron a leerlos: era mi vida. Yo creí que me hundía. Al infierno, derechito, pensé. Y ellos leyeron en voz alta y empezó a darles un ataque de risa. "¡Pero qué bruta es!", decían, y "miren nada más todo lo que ha hecho". Yo con eso iba sintiéndome algo incómoda, pero empezó a darme risa también. ¡Todo eso era mi vida! Y ellos se sacudían, y me daban palmadas en la espalda y agitaban las alas de tal modo, por tanta carcajada, que volaban remolinos de plumas de colores. Como quien pela papagayos. Y alguien gritó mi nombre, desde lejos. "Pasa", dijeron, "pasa", muy amables. Y ya iba yo a pasar, y ni veía de tanta luz, cuando gritaron otra vez mi nombre... y desperté. Quién sabe qué querrán decir esos sueños...

Cantan gallos. Viene ESTÁNFOR abotonándose la ropa.

ESTÁNFOR: ¿Que sucede? Fue Juana a despertarme y me dijo que viniera aquí. No sé para qué.

SERAFINA: Pues creo que a mí también me llamaron. ¡Si supieras qué sueño tuve!

ESTÁNFOR: Ha de ser tarde. Oigo tangar los callos.

Entra DIÓGENES.

DIÓGENES: Aquí está usted, ¿no? Listo a cobrar el precio de sus infamias. Téngalo.

ESTÁNFOR: ¿Qué es esto?

DIÓGENES: Su certificado, firmado por mí. Magna cum laude. Y la carta en que lo recomiendo para una beca. Deberá entregarla al secretario de gobierno, y así el gobernador le firmará todo. Ahora, desaparezca. Esfúmese. Mañana se tramitará el divorcio.

ESTÁNFOR: ¡Serafina, mira! (*Abraza a SERAFINA. Bailan. Duda repentina.*) ¿Somo cupo bi pombre? ¿Somo puso pi nombre? (Lee:) ¡Estánfor!

DIÓGENES: Estánfor, qué más da. Con mi puño y letra.

ESTÁNFOR: ¡Voy a encapar mis socas! ¡Adúyame, Ferasina!

Salen SERAFINA y él. DIÓGENES se derrumba. Entran JUANA y EVANGELINA.

EVANGELINA: ¡Ya hablamos al periódico, por teléfono!

JUANA: ¡Ya nos dijeron cómo va a salir la noticia!

EVANGELINA: "Venerable profesor atacado por bibliotecario frenético."

JUANA: "Nuestra máxima gloria agredida por un loco."

EVANGELINA: "Consternación por nuestro eminente pedagogo."

JUANA: Como eres un gran colaborador del periódico, dijeron, y una honra del Estado, te van a hacer un homenaje en desagravio.

EVANGELINA: Dicen que al viejecito le dio envidia de tu fama.

JUANA: Y que tuvo un ataque de locura senil e intentó asesinarte. Eso van a publicar. Pedirán su jubilación y su destierro.

DIÓGENES: ¿De veras? No puede ser.

JUANA: También van a pedir que esta calle lleve tu nombre.

EVANGELINA: Y yo les dije que vamos a casarnos. También eso lo van a publicar mañana.

JUANA: Y yo les dije que el libro es mío. También eso lo van a publicar.

DIÓGENES: ¡Es posible! ¡Es posible! Diógenes Feria treinta y dos...

EVANGELINA: Nos lo dijo el director del periódico. A mí se me ocurrió hablarle.

JUANA: Y como es cuñado del gobernador, para el mes que viene le habrán cambiado el nombre a la calle. ¡Tal como soñabas y sin necesidad de que te murieras! Qué bueno.

DIÓGENES: ¡Honor a quien honor merece! ¡Hay plumajes que cruzan el pantano y no se manchan: el mío es de éhos!

EVANGELINA: Respetable señorita Chi, así me dijo, respetable. Y que seré tu digna esposa. Digna, esposa: dos columnas.

JUANA: Exquisita y divertida escritora, eso me dijo a mí y así va a publicarlo. Ojalá no bajen las ventas de mi libro.

EVANGELINA: No sé si casarme de velo y corona. A mis papás les gustaría tanto... ¡Y podemos mandarles una fotografía!

DIÓGENES: Después de todo, puede decirse que hay cordura en el Universo y que todos tenemos el premio y el honor que merecemos. Ven, vamos a meditar mi artículo de mañana. Lo que ahora va a faltar, va a ser mi estatua, pero ¿quién sabe? Todavía... (Sale.)

EVANGELINA: Creo que debemos hablarnos de tú. En mi casa me dicen Lina, puedes decirme así, siquieres.

JUANA: Tú puedes llamarme hija, o Juana, como gustes.

Se besan.

EVANGELINA: Voy a llevarle otro tecito a tu papá. (*Sale.*)

Un silencio.

JUANA: (*Suspira.*) Exquisita y divertida escritora... Ya empecé otra novela, la tercera. Será el fruto de mis dolores y experiencias. Voy a llamarla *Los tropiezos de Chenchette*. Yo que no quería ser escritora. En cuanto a Librado...

Se asoma LIBRADO.

LIBRADO: Buenas... noches. La puerta estaba abierta...

JUANA: ¡Librado! ¿O acaso sueño?

LIBRADO: Quise ser el primero en unirme al homenaje y desagravio nacional de que va a ser objeto su padre. El director de *El Intolerante* me ha distinguido, nombrándome vocal de la campaña. Hemos planeado, idea mía, una colecta para fundir un bronce de don Diógenes. Lo pondremos en algún parque. Y... si pudiera felicitarlo... A no ser que duerma...

JUANA: Supe que volverías, lo supe siempre.

LIBRADO: En efecto, la idea de renunciar fue muy precipitada y más bien inconsecuente. Espero que no le haya entregado a su papá...

JUANA: Le dije, pero no hizo mucho caso. Tanto problema... Aquí está la renuncia.

Se la da, él la rompe con mucha prisa.

LIBRADO: Me alegro. En cuanto a nuestras relaciones. Tal vez debamos hablar con cierta calma. Un velo de tenue melancolía caerá sobre el capítulo en que nuestras vidas chocaron... y quizás pueda empezarse una página nueva.

JUANA: ¡Claro, Librado, claro! Una página, un tomo, un gran volumen.

LIBRADO: Sólo que... ahora... yo también tendré culpas que ofrecer a su perdón.

JUANA: (*Feliz.*) ¿De veras? ¿Muchas culpas? ¿Grandes? ¿Se embriagó por mí? ¿Cometió locuras?

LIBRADO: Una culpa... mediana. Chica, más bien. Anoche mismo pedí la mano de la señorita Inés Mercado... Y me la concedieron. Claro que puedo romper ese noviazgo, porque es más bien... espurio. Fruto de... del despecho, claro.

JUANA: ¿Pidió usted la mano de Inés? ¡Pidió usted la pezuña de esa rata!

LIBRADO: Pero voy a devolverla, casi intacta. He pensado que en razón de sus libros pedagógicos podríamos lanzar la candidatura de don Diógenes para el Premio Nobel. Allí, junto a los genios, con Echegaray, con Benavente, junto a Ibsen y... no, a Ibsen no se lo dieron. Pero allí estaría su padre. Bueno, podría estar. Quién sabe, nunca le han dado el premio Nobel a un mexicano y ya va siendo hora. En cuanto a nosotros, le confiaré un secreto: ya he comprado un retrato de Juan de Dios Peza y un busto de Napoleón. Para la sala. Y la Última Cena para el comedor. Es que he estado pensando en nuestro hogar. ¡Y voy a encargar una enciclopedia! ¿Cuál preferiría usted?

JUANA: No sé, todas son divinas. ¿Cuál iba a comprarle a Inés?

LIBRADO: ¿Enciclopedia? ¿Para Inés? ¿Cómo cree? Lo de ella no sería comunión de almas, como la nuestra. Para mí, Juana, es usted un espíritu incorpóreo.

JUANA: Incorpóreo.

LIBRADO: Un haz de luz intocable.

JUANA: Intocable.

LIBRADO: Brisa intangible.

JUANA: Intangible.

LIBRADO: Voy a ver a su padre no vaya a ser que se duerma.

Le besa la mano y sale.

JUANA: (Se sienta.) Estoy segura de que soy muy feliz. Lo que pasa... que no he de darme cuenta.

SERAFINA: (Se asoma.) Dicen que así son siempre los matrimonios: nadie advierte la dicha hasta que enviuda.

Entra, cargando una maleta y arrastrando un baúl inmenso.

JUANA: ¿Y eso?

SERAFINA: Estoy ayudando a Estánfor, que ya se va. El trae el resto de su equipaje.

Entra ESTÁNFOR con una caja de cartón amarrada.

ESTÁNFOR: Voy a hacer antesala desde ahora, más vale llegar temprano.

SERAFINA: ¿Tú crees que el gobernador te dé algo?

ESTÁNFOR: Seguramente, porque la tarca de don Giódenes es muy buena.

SERAFINA: ¿Y de cuánto será la beca?

ESTÁNFOR: Cinco pesos al mes. Aunque las hay mejores, de diez.

SERAFINA: Voy a rezar porque te den la de diez.

ESTÁNFOR: Oye, Ferasina, y tientras... mientras... ¿no podrías tresparme preinta tesos? Prestarme...

SERAFINA: (Gruñe.) Sí, treinta pesos, ya entendí. Mh. (Mueve la cabeza.) Deja ver mis ahorros. En fin... No quiero que te mueras de hambre en México. (Sale.)

Un silencio. JUANA y ESTÁNFOR se ven.

ESTÁNFOR: (Al fin.) Asterá tonquenta.

JUANA: ¿Qué?

ESTÁNFOR: Que estará contenta. Ya me voy. Habrá vidorcio. Se sacará.

JUANA: Estoy *muy tonquenta*. Librado está ajuarando nuestra casa y ha comprado ya algunos muebles y exquisitos objetos de arte. En fin, despidámonos sin rencor. Es lo menos que podemos hacer.

ESTÁNFOR: Yo no le tengo rencor. Aunque haya sido mala y lépera conmigo.

JUANA: ¿Yo? ¿Mala? ¿Yo? ¿Lépera? ¿Con usted?

ESTÁNFOR: Será bondad burlarse de mí en las clases...

JUANA: Le corregía su modo de hablar tan... chocante. Si se reían, no era por mi culpa.

ESTÁNFOR: Y era bondad decirme cuaranajo, rajaranaco, ¡renacuajo!, cuando acabábamos de...

JUANA: ¡Silencio! Sea delicado. Se lo dije una vez. Y con razón: me obligaba a... hacer cosas, después de rechazarla.

ESTÁNFOR: ¿Rechazarla?

JUANA: Fue muy bonito decirle que no, al juez, tres veces, cuando le preguntó si quería usted casarse conmigo.

ESTÁNFOR: Escribió sí, de todos modos.

JUANA: Pero usted me humilló: dijo que no.

ESTÁNFOR: ¡Pues no quería! Porque usted se había pasado la tarde insultándome, desde que su papá nos encerró. Además, me arrastró por el salón y me mordió las patas.

JUANA: Lo arrastré y lo mordí porque usted se quería escapar por el balcón y dejarme allí sola, tirada.

ESTÁNFOR: Nada más veía yo qué tan alto estaba, cuando ya usted me jaloneaba y me mordía, gritando cosas.

JUANA: Y usted me picó los ojos.

ESTÁNFOR: Y usted me rompió —la pretina.

JUANA: La rompió usted, porque metió dos piernas en una sola del pantalón, y daba saltitos por la pieza gritando que estaba paralítico y que le había dado un aire, hasta que se cayó.

ESTÁNFOR: Me tiró usted. Y me tigraba sátiro y me palaba el jelo.

JUANA: ¿Qué?

ESTÁNFOR: ¡Que me gritaba sátiro y me jalaba el pelo!

JUANA: Porque ya usted quería empezar de nuevo y me estaba alzando la ropa.

ESTÁNFOR: Buscaba yo mis lentes.

JUANA: No iban a estar allí.

ESTÁNFOR: Allí estaban.

JUANA: ¡No es cierto!

ESTÁNFOR: Sí. Quién sabe cómo se vistió usted.

JUANA: Pues mi papá me puso muy nerviosa. Y usted me puso más. (*Piensa.*) Pero yo no tenía sus lentes.

ESTÁNFOR: Sí. Los encontré. Allí.

JUANA: Basta de recuerdos amargos.

ESTÁNFOR: Usted empezó.

Un silencio.

JUANA: De todos modos... le deseo suerte. ¿Dónde va a vivir?

ESTÁNFOR: En laguna tosea. Alguna azotea. ¿Cuándo se casa usted?

JUANA: En cuanto nos divorcien... Y en cuanto Librado arregle algún... problema. Mientras, preparo mi nuevo libro. (*El aboga la risa.*) ¿De qué se ríe? *Los caprichos de Chuchette* la escribí yo, para que sepa.

ESTÁNFOR: Ya sabía.

JUANA: ¿Cómo sabía?

ESTÁNFOR: La leí.

JUANA: ¿La leyó?

ESTÁNFOR: Pues decían que era muy pornográfica. Pero no... Y vi en seguida que era suya.

JUANA: ¿Y cómo? Bueno, claro, las escenas del carnaval... Y el... (*Calla.*)

ESTÁNFOR: Sí.

JUANA: Pues el joven poeta no tiene *nada* que ver con usted. El es delicado, sensible, infantil, de alma tierna y candorosa, necesita el apoyo de Chuchette, ella es su musa. Usted... es duro, aprovechón, astuto, maduro, cínico... Y su musa es Serafina o cualquiera que esté guisando.

ESTÁNFOR: Pues sí. Así soy. Y en mi madre limbósico —drama simbólico, usted lo tiene, yo se lo dediqué, allí la pinto como una diosa fuerte y maternal, inteligente, dulce y grandiosa. Ya ve.

JUANA: ¿Y qué?

ESTÁNFOR: Que es usted débil, llorona, agria, dependiente y tonta.

JUANA: ¡Pues qué me importa, me alegra mucho ser lo contrario de usted!

ESTÁNFOR: A mí también me alegra.

Entra SERAFINA.

SERAFINA: ¿Por qué se alegran tanto? Ten.

JUANA: Porque no nos parecemos nada. Somos exactamente opuestos.

ESTÁNFOR: En todo. (*Lo piensa.*) En todo.

SERAFINA: Mmmmh. (*Los ve.*)

JUANA: Ciento, así es. (*Suspira.*) Y eso mismo pensé antes... pero en otro sentido. Entonces... nos completábamos.

SERAFINA: Mh. ¡Mmmmh! (*Los ve.*)

ESTÁNFOR: Sea gólica — lógica: si tomos etaxatenme otuespos... Si somos tan emaxa — exactamente opuestos — otuespos... (*Calla.*)

SERAFINA: (*Se lleva las manos a la frente.*) ¡Pues se completan! ¡Son la pareja ideal!

Ellos dos se ven de reojo.

ESTÁNFOR: Pero a usdé ya le están poncreando jobetos de arte.

JUANA: Y usted se va. (*Suspiro.*) Y en su azotea va usted a ver salir el sol, y a sus pies la ciudad. Y en la noche tendrá más cerca las estrellas y oirá los gritos de amor que dan los gatos. Y las cuerdas para tender la ropa serán como trapezios, y las camisas y las sábanas van a flotar al viento, como las banderolas de un circo...

ESTÁNFOR: (*Anilírico.*) Eso mismo. Un circo. Y el cuarto empulgado y oliendo a fieras en brama.

JUANA: (*Pudorosa.*) Estánfor... Ese plural... ¿Qué está insinuando usted? ¿Me está diciendo fiera?

ESTÁNFOR: ¿Yo? ¡Ah! (*Capta. En voraz:*) Usted me ha dicho renacuajo, pues yo puedo decirle... mi gritesa — tigresa.

JUANA: ¡Estánfor!

ESTÁNFOR: ¡Nuaja! ¡Juana!

SERAFINA: Yo sabía que todo esto iba a pasar. Porque las parejas ideales no son nunca las que la gente se imagina. Ya sólo tienen que abrazarse.

Se abrazan.

JUANA: Tanto malentendido, tanta amargura... Voy a empacar mis cosas y a comprar los boletos. Salimos hoy, ¿verdad?

ESTÁNFOR: Sí. Después de todo... no creo que Theda Bara venga jamás a México.

JUANA: Yo era tu musa. ¿No habrás dejado de escribir, sin mí?

ESTÁNFOR: (*Señala el equipaje.*) Mis obras.

JUANA: ¡Tus obras! (*Toma la caja de cartón, la besa y acaricia.*) Huelen un poco... raro. ¿De qué se tratan?

ESTÁNFOR: (*Se la quita.*) Esa es mi ropa sucia. Mis obras están aquí.

JUANA: ¡Este baúl!

ESTÁNFOR: ¡Lleno! Moapas, drategias, vonelas, ensayos... ¡Cuentos, novelas, tragedias!

JUANA: (*En éxtasis.*) ¡Estánfor! ¿Qué vas a hacer con tantas obras?

ESTÁNFOR: Publicarlas. Bueno, poco a poco.

JUANA: (*Le toma la mano.*) ¿Y con nuestros recuerdos?

ESTÁNFOR: ¡Una comedia! Esta, que ya casi termina.

JUANA: (*Arrobada.*) ¡Esta! Claro. (*Saluda al público, sonríe.*)

SERAFINA: (*Contenta.*) Ahora voy yo, porque los viejos debemos decir siempre la moraleja.

JUANA: No me gustan las moralejas. Todo mundo sale castigado.

SERAFINA: El castigo es dejarnos continuar nuestras locuras hasta el fin, y que obtengamos lo que creímos la dicha: así nos quedamos sin conocer la verdadera felicidad.

JUANA: Eso les ha pasado a los demás. Nosotros aprendimos que obteniendo dichas falsas, puede saberse, al menos, que no eran éstas lo que importaba.

ESTÁNFOR: Y tal vez, probando *muchas* y desechándolas, pueda encontrarse al fin lo que realmente importa y cuenta. Y pueda conservarse... si somos listos.

JUANA: ¡Pues yo soy lista!, ¿ves? ¡Soy lista! Tú también eres listo.

ESTÁNFOR: (*Escéptico.*) ¿Tú crees?

SERAFINA: (*Impaciente por lucirse.*) Dejarán que yo diga esa palabra que cierra las historias: (*Al público:*) ¡Fin!

ESTÁNFOR: No. Porque nada se acaba y todo empieza, siempre. Aquí se dice: ¡nelón! ¡tolén! ¡letón! (*Patea.*) ¡totén! ¡tetón! ¡nenón! ¡nonén! (*Se mesa el pelo.*) ¡tofén! ¡fetón! ¡tofón!

Mientras él está tratando de decirlo, JUANA le hace señas ansiosas a los tramoyistas, que bajan rápidamente el

TELÓN

Cuauhnáhuac, abril 14/1964—Méjico, D. F., marzo 23/1965.

P. S.

La acción ocurre en 1919, con modas que no deben actualizarse, y es claramente una acción pretérrita, llena de gestos marchitos, de ademanes que se han

vuelto ficticios, como las ropas se han vuelto ridículas, como las viejas fotografías.

La escenografía debe ser apta, permitir cambios rapidísimos. Y debe tener un estilo unitario, que puede ser el que se quiera, pero muy cuidado en detalles y en conjunto. Lo preferible es *art nouveau*, pero caben lo *naïf*, o lo popular mexicano del XIX, o...

La cocina y el salón de clases: ocuparán apenas una tercera parte del escenario, poco más del primer término. Serán telones de fondo, pintados con cierta absurda minucia, y pocos muebles practicables. En la cocina el telón lucirá cacerolas, cazuelas, sillas, trasteros de dos dimensiones, hasta un gato o una jaula, pintados con absurda pretensión de realismo. El fogón y la gran campana de una chimenea serán una unidad de 3 dimensiones, montada sobre un carrito donde habrá lugar para uno o dos bancos. Este carrito será lo único que represente la cocina en los cuadros V y VII del segundo acto.

El salón de clases será un telón pintado, también. Las cartas botánicas y zoológicas y el pizarrón lucirán con sentido decorativo. Habrá algunos pupitres practicables, así como el catre y la plataforma del maestro, que será un carro, sobre la cual estarán el escritorio, el esqueleto y una vara que sostenga una carta botánica más. Este carrito representará al salón en los cuadros VI y VII del segundo acto.

La biblioteca será un carrito pequeño con un alto estante antiguo, de tres dimensiones, medio lleno de vistosos libracos. En los cuadros II y IV del segundo acto, la rodeará una cámara negra.

La sala será un decorado permanente y muy elaborado, que ocupará las dos terceras partes del escenario. Rica en objetos de la época, rica en detalles, con muchos muebles, con cuadros pintados en las paredes, con tapetes, pieles y alfombras en el suelo.